

“VERDADERA NOCIÓN DEL PROGRESO SOCIAL.”

DISCURSO

LEIDO EN LA

APERTURA ANUAL DE LOS ESTUDIOS

DE LA

REAL Y PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE SANTO TOMAS DE MANILA

EL DÍA 2 DE JULIO DE 1883

POR EL

R. P. Fr. José Álvarez Cienfuegos

DEL ORDEN DE PREDICADORES

PROFESOR EN LA MISMA UNIVERSIDAD



~(EDICION OFICIAL)~

MANILA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL COLEGIO DE SANTO TOMÁS

A CARGO DE D. GERVASIO MEMIJE

1883

EXCMO. SR.:

ILLMO. CLAUSTRO:

SEÑORES:

AL dirigiros la palabra en la solemne apertura de los, estudios académicos, no molestaré vuestra atencion con frases de afectada modestia. Convencidos estais de que no mi escasa significacion personal, sino la voz, para mí sagrada, del ilustrado sacerdote, que dignamente nos preside, me ha dado aliento para subir á esta tribuna, en noblecida por los ilustres oradores, que en años pasados arrebataron vuestro ánimo con su erudicion y elocuencia.

Y en verdad, Señores, que para hablar en estos tiempos á una academia de sabios, se necesita grande esfuerzo de corazon, grande alcance de inteligencia, y no vulgar copia de conocimientos en todos y en cada uno de los ramos del saber humano. La época que atravesamos, es de lucha, lucha gigante, colosal, cual nunca vieron los siglos; lucha por la verdad, que empezando por discutir los principios mas rudimentarios de la ciencia, termina sembrando la duda en los entendimientos, y la intranquilidad mas desoladora en los corazones. No hay verdad divina ni humana que no se niegue, ni conclusion práctica que no se discuta. Toman parte en la lid las ciencias naturales y las exactas, la teología y la filosofía, la política y el derecho, la literatura y las artes, la industria y el comercio, y hasta los mas humildes conocimientos del agricultor y del artesano. Y en tan horrible confusion, en tan encarnizado encuentro de ideas y de pasiones, de tendencias contrarias y de opuestos fines, el sabio católico, que aspire á llenar la mision que Dios le tiene confiada, debe presentarse ceñido de todas armas, para salir vencedor del talento de unos, de la ignorancia de muchos y del orgullo de todos, haciendo surgir de ese caos tenebroso la luz pura y brillante de la verdad cristiana, emanacion de aquel Sol eterno, que se dice, y es la verdad misma.

Por este motivo comprendereis, Señores, la turbacion de mi espíritu en este instante, y el desaliento que se apodera de mi corazon, al pensar la gravedad y trascendencia de mi cometido. Pero en los tiempos en que la patria peligrá, debe empuñar las armas lo mismo el aguerrido veterano, avezado á recoger laureles en los campos de batalla, que el tierno adolescente, conocedor tan solo de las puras delicias del hogar paterno, y el vacilante anciano, que oprimido por el peso de los años, siente ya sobre su cabeza la descarnada mano de la muerte.

La pátria de los sábios es la verdad. Esa pátria es hoy horriblemente combatida; y aunque humilde estudiante, y el último de todos los que visten la honrosa librea de la ciencia, tambien yo siento arder en mi pecho el amor puro é inextinguible á esa pátria inmortal, y tengo á grande gloria contribuir á su defensa con el óbolo de mi pequeñez é insuficiencia.

Vivas todavia las dolorosas huellas de los tremendos azotes, con que la Providencia ha probado la acendrada piedad de los habitantes de estas islas, venimos hoy á reanudar las tareas, que un deber sagrado, al par que deleitable, nos impone á favor de la juventud estudiosa. Y en verdad, que si en el curso que acaba de finalizar, no hemos tocado el resultado halagüeño, que en años anteriores, no por eso tenemos motivo para abrigar el menor descontento. Porque aun prescindiendo de los brillantes exámenes, que han hecho gran número de alumnos, sino hemos conquistado lauros en los campos de la ciencia, los hemos recogido abundantes en los campos de la caridad, hermana y fiel compañera de la verdad cristiana, como hijas que son de aquel divino Maestro, que sacrificó su vida en aras del amor á los hombres. La devastadora epidemia del cólera-morbo, que ha desolado todas las provincias, llevando el luto á las familias, y sumiendo en la mas profunda consternacion á la Capital, ha sido causa de que este centro literario diese público testimonio, de que si es asilo de las ciencias, antes es refugio de la caridad, y sobre todos los deberes rinde culto al imperioso deber de sacrificarse por el bien de la humanidad en esas azarasas circunstancias. Con profundo gozo hemos visto á profesores y alumnos, unánimes por la conformidad de pensamiento y de accion, acudir al alivio de sus hermanos, ora llevando á los atacados por la voraz dolencia los inefables consuelos de la Religion, ora propinándoles con la mayor constancia y abnegacion los auxilios de la ciencia, ora fortaleciendo su espíritu abatido con palabras del amor mas tierno y con los cuidados de la asistencia mas asidua y diligente. La Universidad convertida en hospital sufragado por una corporacion religiosa, consagrada desde sus principios á la enseñanza, ha dado un ejemplo elocuente de que el socorro de la humanidad enferma, para que sea provechoso no ménos á la salud corporal del doliente, que los intereses de su alma, debe estar siempre cobijado bajo el árbol santo de la Religion, que se llama madre solícita del pobre y supremo consuelo del desvalido.

De esta manera, sólida, aunque paulatinamente, cual lo exige la índole de estos pueblos, marcha esta Universidad con seguro paso por las vias del legítimo progreso, educando á la vez el corazon y la inteligencia de la juventud filipina, sembrando ideas, y formando costumbres, y afianzando sobre la base religiosa el cultivo de las ciencias, tan espuesto á las seducciones del orgullo, y a los desvaríos de una razon descreída.

Puésto que vivimos en tiempos de lucha; lucha por el bien, lucha por la verdad, lucha por todo objeto digno y noble, y espíritus aviesos intentan precipitar esta rica porcion de la Malasia en los abismos de un mal llamado progreso, toca á esta Universidad, que se gloria con los títulos de Real y Pontificia, os toca á vosotros, Señores, resistir valerosamente los ataques de esos fautores del error, inculcando las sublimes lecciones del progreso católico en los corazones de la juventud, ya que ella se muestra tan dócil á vuestras enseñanzas, y

guarda como un sagrado depósito en su pecho la fé y la religion de sus padres, firme sostén y baluarte inexpugnable de todos los intereses sociales.

Por esta razon, y porque las ideas preceden á las costumbres, y de ellas toman su robustez y firmeza, me propongo, Señores, asentar sobre el principio católico la verdadera nocion del progreso social contra las teorías positivistas y socialistas, que cada dia mas dominantes han logrado alucinar no pocas inteligencias. Hoy se habla mucho de progreso; en todo se anhela progresar; el progreso es la idea dominante, que absorbe en este siglo todo el pensamiento de las sociedades y de los individuos; y ya que estas islas por la facilidad de comunicaciones, por el aumento de su comercio y mayor desarrollo de su industria, atraen hácia sí nuevos elementos de vida y de cultura, prometiendo elevarse al nivel de las naciones europeas, es de necesidad, que consolidando los grandes principios católicos, importados por sus primeros civilizadores, sobre ellos se levante el glorioso edificio de su porvenir, en el cual ondée siempre, como símbolo de su grandeza, el estandarte inmaculado de la Religion y de la Pátria.

He indicado mi propósito; supla vuestra ilustracion los defectos de mi humilde trabajo; y prestad por un momento benévola atencion á estas desaliñadas frases, que sólo obligado por un deber imperioso é ineludible, me atrevo á pronunciar ante vosotros.

I.

LA aspiracion al progreso es la tendencia mas legítima, el impulso mas noble que siente el hombre en el fondo de su corazon, el móvil mas poderoso, que le obliga á marchar en busca de lo grande, de lo perfecto, de lo infinito, cuya idea, grabada dentro de su alma, le sigue en esta vida á todas partes, como el sueño de una ilusion acariciada, y como la esperanza de un bien, que siempre se ansia y nunca se logra por completo. El primer origen del progreso debe colocarse en Dios, océano purísimo de bondad, que al criar al hombre, inspiró en él el soplo de su inteligencia, y encendió en su pecho la llama de su amor, para que gigante de la creacion corriese animoso á conquistar los destinos, que le señalara en los bondadosos decretos de su providencia. El progreso viene de Dios, que quiere que el hombre se labre su propia perfeccion, y á ella tienda incesante, y en ella se goce, cual se goza el guerrero en su victoria, y el soberano en el trono que se ha conquistado con su valor. El hombre Dios al pronunciar ante las asombradas turbas de Judea aquellas palabras: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto», sublimó el humano progreso hasta los inaccesibles cumbres de la Divinidad, y en ella colocó, como en su santuario, el objetivo final de toda humana aspiracion. Venimos de Dios, y á Dios nos dirigimos, y en Dios buscamos la satisfaccion de las aspiraciones mas nobles de nuestra alma; por eso nuestro progreso es divino, y nuestros esfuerzos hácia el bien obtienen la sancion soberana de la infinita justicia.

Pero como acertadamente observa un orador famoso, gloria de la Compañía de Jesus⁽¹⁾, «cuanto mas legítimo sea el movimiento que lleva al hombre hácia el progreso, tanto mas importante es darle una direccion segura. Mientras mas santa sea la tendencia del corazon humano, mayor necesidad tiene para seguir su camino, de una luz y reglas divinas. Los movimientos más legítimos suelen ser los más fecundos en desastres cuando yerran el camino»⁽²⁾. Por eso la Iglesia católica, Señores, que encamina al hombre con paso firme y seguro á sus destinos, á pesar de la inamovilidad de su dogma y de su moral, es, permitidme la frase, eminentemente progresista. La Iglesia nunca dice *basta* á sus hijos. ¿Has dominado con la intuicion del genio los campos de la ciencia? abísmate en sus profundidades y cada dia describirás nuevos horizontes donde espaciar tu indagadora mirada. ¿Tienes un corazon puro, y una voluntad firmemente adherida al bien? todavía te falta mucho para llegar á la pureza

⁽¹⁾ P. FELIX, conferencia 1.ª de 1856.

⁽²⁾ No creemos necesario detenernos en refutar las teorías anti-cristianas sobre la nocion del progreso. Sabido es que esta cuestion es el fin á que se encaminan todas las teorías político-sociales de nuestros dias. Para los modernos cesaristas inspirados en las doctrinas de Hegel, el progreso consiste en que el Estado llegue á un grado de esplendor, fuerza y autoridad, que venga á ser el reflejo de todas las fuerzas, de todas las tendencias y de todos los intereses de los individuos, de manera que sea el único poder y el unico motor absoluto é independiente de las sociedades; teoría que tiende á hacer retroceder las naciones cristianas á los tiempos de Neron y de Tiberio. Para los utilitarios, desde Benthán hasta el último de los modernos economistas y positivistas, el progreso consiste en el mayor desarrollo de los intereses materiales y de esa cultura puramente superficial y exterior que impera en las ciudades populosas del antiguo y nuevo continente. Finalmente para Proudhon y los modernos socialistas, el progreso supone la destruccion de todos los elementos existentes en la sociedad actual; para ser sustituidos por otros nuevos, que conviertan á la humanidad en una sociedad federativa, regida por leyes nuevas, que variando incesantemente, respondan á las necesidades cada dia nuevas de los pueblos.

Como ejemplo de la aberracion á que conduce la libertad del pensamiento, véase lo que escribe á este propósito el gran filósofo del socialismo moderno.

«El progreso en la mas *pura*, es decir, en la menos *empírica* acepcion de la palabra, es el movimiento de las ideas; movimiento innato, esencial, incoercible é indestructible, que es para el espíritu, lo que la gravedad para la materia. El progreso es la afirmacion del movimiento universal, y por consiguiente la negacion de toda forma y de toda fórmula inmutables; de toda doctrina de eternidad, de inmovilidad, de impecabilidad aplicada á un sér cualquiera; de todo orden permanente, sin exceptuar ni aún el del universo; de todo sujeto ú objeto empírico ó trascendental, que no sea susceptible de mudanza.»

«Resumiendo ahora todos estos hechos y todos estos datos, resulta para mí sobre la cuestion religiosa, que lo que la Humanidad busca bajo el nombre de Dios, es su propia constitucion: es decir, á si misma; que Dios, sin embargo, siendo segun el dogma teológico infinito en sus cualidades, perfecto, inmutable, absoluto, y la Humanidad por lo contrario perfectible, progresiva, móvil y variable, este segundo término no podría ser jamás adecuado al primero, y es por lo tanto fatal que permanezcan antitéticos, siendo siempre el uno la expresion inversa del otro; que la consecuencia de esa antítesis ó antiteismo, como la he llamado, es abolir toda religion ó adoracion, toda idolatría, pneumatolatría, cristolatría, antropolatría, puesto que por una parte, opuesta la idea de Dios á la de movimiento, grupo, série, progreso, no representa ninguna realidad posible, y por otra, la Humanidad esencialmente perfectible, jamás perfecta, quedando siempre inferior á su propia idea, está por consecuencia siempre en la imposibilidad de adorarse, todo lo cual resumo en esta fórmula á la vez positiva y perfectamente clara: sustitucion del culto del pretendido Sér Supremo por el cultivo de la Humanidad.»

«Entonces tambien el dogmatismo religioso recibirá su interpretacion racional, y el órden político su libre constitucion, yendo á desaparecer toda teosofía en la moral, todo culto en la educacion, todo gobierno en la economía, toda autoridad en el contrato.

Véase á que extremo lleva el espíritu del libre exámen, y qué sería de la sociedad si se dejase gobernar por esa filosofía. PROUDHON. Filosofía del Progreso.

de los ángeles y á la fortaleza de los santos. ¿Has derramado el bien entre tus semejantes, enjugando lágrimas, ahuyentando dolores, esparciendo el bienestar por do quiera? esfuérzate más y más, que mucho te resta para llegar á la caridad y abnegacion de aquel divino Maestro que víctima de su amor A la humanidad, espiró en la ignominia de un cadalso.

El progreso por consiguiente es cristiano, y no puede ser sino cristiano, porque sólo la Iglesia posee el secreto de los destinos del hombre en la eternidad, y á ella sola ha sido concedido el pleno conocimiento de los medios para realizarlo en el tiempo. Porque si progresar, como lo dice la misma palabra, es ir adelante, si no se conoce de antemano el fin, andará el hombre extraviado por rumbos desconocidos, y siempre fluctuando entre opuestas direcciones, vivirá condenado á nunca encontrar puerto en su azaroso camino. Las escuelas naturalistas, que en todo prescinden de Dios, no pueden con justicia aspirar al progreso, sino es que entendamos por progreso, que el hombre, nómada de la creacion, ande errante de astro en astro, ó vaya á enterrar sus deseos en la fosa en que descansan los restos de su mastin.

¿Para qué ha nacido el hombre? ¿Para qué vive en sociedad? Cuestiones son estas cuya resolucion se presupone á la teoría del progreso; y de cuyo esclarecimiento depende la nocion exacta ó errónea del mismo. No quiero suponer, Señores, que ninguno de vosotros pretenda equiparar sus destinos á los de cualquier otro sér de la creacion sensible. Sobradamente conozco, que como yo, esperais una vida mas feliz despues del sepulcro, donde se saciarán todas las aspiraciones del corazon humano. La índole de este discurso no me permite entrar en el estudio de esas tan graves y trascendentales cuestiones, demostradas con suficiencia por la filosofía católica. Asiento como base de mi discurso, que el fin último del hombre en la eternidad es la verdad y bondad por esencia, y en el tiempo su perfeccionamiento en los tres órdenes, moral, intelectual y físico convenientemente armonizados y subordinados al primero. Porque si el hombre ha de progresar, ha de ser con relacion al bien, y para él no existen otros órdenes de bien que los tres mencionados. *Bien* del entendimiento es la verdad, *bien* de la voluntad es la virtud, y *bien* de las facultades inferiores es la abundancia de medios para conservar la subsistencia material y vivir con holgura y decencia en compañía de sus semejantes. Sobre esos tres puntos gira la verdadera nocion del progreso, y en su conveniente armonía la perfeccion de la sociedad.

Entremos sinó en el análisis de los elementos que constituyen el organismo social; indaguemos los fines que debe procurar, y las necesidades á que vive subordinado; y encontraremos por doquiera esos tres grandes órdenes, imperando como fuerza directiva en los gobernantes, y como norma de conducta en los gobernados.

Toda sociedad puede considerarse como la agrupacion ordenada de determinado número de familias bajo una sola autoridad, encargada, segun las diferentes formas de gobierno, de procurar su mayor felicidad posible. Pero esta felicidad sería una sombra vana, una palabra sin sentido, sino se ordenase á la satisfaccion de las necesidades y exigencias del individuo; que no es el hombre para la sociedad, corno creían los paganos, sino la sociedad para el hombre, como nos enseña la filosofía cristiana. Absurdo sería suponer á una sociedad en el colmo de su bienestar, si en ella los asociados viviesen en la infelicidad y en la miseria.

El fin de la sociedad y el fin del individuo coinciden en un mismo objeto, aún cuando á él se dirijan por diferentes rumbos. Fin de la sociedad es la satisfaccion de las necesidades del hombre, segun que es un sér moral, capaz de perfeccionarse en esta vida; y fin del individuo es esa misma perfeccion, según que le prepara inmediatamente para tomar posesion de la vida eterna; resultando de este enlace íntimo que tanto la sociedad como el individuo, moviéndose armónicamente en las esferas del órden moral, atienden más directamente á unas necesidades que á otras, segun lo exigen las circunstancias y diversa índole de los hechos sociales. Pero cualquier fin que atribuyamos á la sociedad, éste siempre ha de refluir en beneficio de los individuos, sino queremos que aquella resulte en vez de útil, perjudicial á los asociados.

Precisamente los argumentos que prueban la sociabilidad humana, nos demuestran tambien de una manera irrefragable esa subordinacion y dependencia. ¿Por qué el hombre tiende espontáneamente á la compañía de sus semejantes, y no prefiere vivir como el cuadrumano en los bosques, ó como el chacal en las soledades del desierto? ¿Por qué cuánto se siente más grande y más perfecto, tanto más anhela la sociedad de sus iguales? Porque el hombre siente en su corazon con toda viveza el estímulo de su propia necesidad, que haciéndole aborrecer la vida aislada y solitaria, le obliga a refugiarse en el seno de sus hermanos, para satisfacer las tendencias más nobles de su espíritu. Ni en lo físico ni en lo moral é intelectual el hombre aislado puede adquirir su perfeccion, como lo demuestra el Angélico Santo Tomás⁽¹⁾. Que si pudiera conseguirlo, Dios le hubiera dotado de los medios naturales convenientes para el efecto, como lo ha hecho largamente con los domas animales. El elefante y la hormiga, el manso cordero y el feroz leopardo nacen provistos de vestido y de los medios necesarios de nutricion y defensa. Solo el hombre abandonado á sí mismo, aún pasado el período de la infancia, se hallaría privado de todos esos medios, y, ó viviría como

⁽¹⁾ Et si quidem homini conveniret singulariter vivere, sicut multis animalium, nullo alio dirigente indigeret ad finem, sed ipse sibi unusquisque esset rex sub Deo summo rege, in quantum per lumen rationis divinitus datum sibi, in suis actibus seipsum dirigeret. Naturale autem est homini, ut sit animal sociale et politicum, in multitudine vivens, magis etiam quam omnia alia animalia, quod quidem naturalis necessitas declarat. Allis enim animalibus natura præparavit cibum, tegumenta pilorum, defensionem, ut dentes, cornua, ungues, vel saltem velocitatem ad fugam. Homo autem institutus est nullo horum sibi à natura præparato, sed loco omnium data est ei ratio, per quam sibi hæc omnia officio manuum posset præpare, ad quæ omnia præparanda unus homo non sufficit. Nam unus homo per se sufficienter vitam transigere non posset. Est igitur homini naturale, quod in societate vivat. Amplius aliis animalibus insita est naturalis industria ad omnia ea quæ sunt eis utilia vel nociva, sicut ovis naturaliter existimat lupum inimicum. Quædam etiam animalia ex naturali industria cognoscunt aliquas herbas medicinales el alia eorum vitæ necessaria. Homo autem horum quæ sunt suæ vitæ necessaria, naturalem cognitionem habet solum in communi, quasi co per rationem valente ex universalibus principiis ad cognitionem singulorum quæ necessaria sunt humanæ vitæ pervenire. Non est autem possibile, quod unus homo ad omnia hujusmodi per suam rationem pertingat. Est igitur necssarium homini, quod in multitudine vivat, ut unus ab alio adjuvetur, et diversi diversis inveniendis per rationem occuparentur, puta, unus in medicina, alius in hoc, alius in alio. Hoc etiam evidentissime declaratur per hoc, quod est proprium hominis locutione uti, per quam unus homo aliis suum conceptum totaliter potest exprimere. Alia quidem animalia exprimunt mutuo passiones suas in communi, ut canis in latratu iram, et alia animalia passiones suas diversis modis. Magis igitur, homo est communicativus alteri, quam quodcumque aliud animal, quod gregale videtur, ut grus, formica et apis. *Regim. Princip.* cap. 1.

las fieras, ó no podria soportar su aislamiento, cayendo en las garras de la muerte. Dios le ha otorgado la luz esplendorosa de la inteligencia y la facultad nobilísima del libre albedrío; pero esa inteligencia es limitada, y no puede por sí sola atender al inmenso cúmulo de verdades cuyo conocimiento es necesario para su perfeccion; y el uso de la libertad se encuentra expuesto á tantos peligros, que á los esfuerzos individuales resulta verdaderamente imposible el cumplimiento del orden moral, base y complemento á la vez de toda perfeccion humana.

En estas luminosas razones, á las que añade el Ángel de las Escuelas otras fundadas en el lenguaje oral, exclusivo del hombre, están compendiadas la necesidad del gobierno social, las reglas á que debe atenerse, y los fines á cuya consecucion debe aspirar. Porque si el hombre busca en la sociedad la perfeccion que le falta, gobernantes y gobernados deben con todas sus fuerzas procurarla, los primeros bajo la razon del bien que convenga á la mayor parte de los asociados, y los segundos buscando ese mismo bien en la unión concorde de sus propios esfuerzos con los ajenos, y en la obediencia á las leyes de la república.

Toda sociedad debe buscar primeramente⁽¹⁾ el bien moral, que es el bien de la virtud, que consiste en la conformidad de los actos del hombre con las leyes divina y humana, afianzadas respectivamente en las disposiciones del Supremo Legislador y Gobernador del mundo. «El Estado es un auxiliar dado a cada individuo para cumplir su destino sobre la tierra, y el elemento principal y esencial de este destino es la moralidad de las costumbres.» *Virtuosa vita est congregationis humanæ finis*, dice Santo Tornas⁽²⁾. Todos los bienes, respecto al bien de la virtud, son secundarios, y nada significan en orden a la perfeccion humana, sino están garantidos por la ley suprema de la conciencia, fiel expresion de la ley natural, y reflejo a su vez de la ley eterna. Porque la virtud tiende inmediatamente á la consecucion del supremo bien, y ella sola es la que avalora y engrandece las acciones de la criatura racional haciéndolas participantes de la santidad purísima del Creador. En éste, como en los grandes problemas sociales, la filosofia cristiana, Señores, posé o la clave que cerrando la puerta á todos los errores, nos conduce al pleno conocimiento de la verdad.

Ella nos enseña que de nada vale al hombre ganar al mundo, si mancilla su alma con el pecado, y que en el reino de Dios, que es el reino del verdadero progreso, es más grande el ínfimo pequeñuelo, si es virtuoso, que los grandes sabios y afamados politicos, que asombran al mundo con sus gigantescas empresas é ingeniosísimas invenciones. La sociedad civil, en cuanto permite la imperfeccion é inestabilidad de las cosas humanas, debe ser un reflejo de aquella sociedad altísima, que Dios tiene preparada al hombre detras del sepulcro. Dios debe aparecer en toda ley, en todo derecho, en toda autoridad; Dios debe imperar sobre todas las conciencias, dirigiendo y fecundando todos los actos humanos, y consagrando todos los intereses, como el tipo primero de toda acabada grandeza, y como el supremo legislador y el gran sacerdote del mundo. Ese es el verdadero ideal del progreso: esa es la norma soberana

⁽¹⁾ Aun cuando en rigor filosófico, primero es el progreso intelectual que el moral, porque las ideas preceden naturalmente á las costumbres; sin embargo, como el fin de las sociedades es la perfeccion y felicidad de los individuos, y ésta únicamente se puede obtener por la práctica de la virtud, de ahí que tratemos del progreso moral antes que del intelectual.

⁽²⁾ De regimine Princ. lib. 1.º cap. 14.

que debe regular los actos todos de las sociedades, á fin de que en el desarrollo sucesivo de su actividad, consigan el orden, y la unidad y firmeza necesarias, para la consecucion de sus destinos en el tiempo. A imágen y semejanza del Altísimo ha sido criado el hombre, y solamente acercándose á Él por medio de la inteligencia, que le hace conocer sus atributos, y por medio de la virtud, que le abre el camino para entrar en los reinos de su felicidad infinita, puede conseguir la perfeccion á que aspira en todos los instantes de su azarosa existencia sobre la tierra.

Únicamente negando los destinos inmortales de la humanidad, puede ponerse en duda la proposicion que sostenemos. Pero entónces, pregunto yo á todos los patrocinadores del progreso antiguos y modernos: quitada esa bondad y verdad altísimas en que se fija la felicidad del hombre, y en la cual encuentran su rectitud y su justicia todos los actos del libre albedrío ¿qué lugar le reservais en la gran escala de los séres criados? ¿Anhelais por ventura, siguiendo las doctrinas de Brahmá, trasformarle en un dios estúpido y material? ó ¿pretendeis sumergirle en un mar de placeres egoistas segun los ensueños del prófugo de la Meca? ¿ó le abandonais a sus propias pasiones, para que sin respeto a ningun derecho ageno, acumule el mayor número posible de bienes materiales segun las ideas de Benthán? ó prescindiendo de todas estas teorías, ¿le otorgais con Cómte y los modernos positivistas la facultad de obrar con independendencia de toda ley, respetando únicamente lo que llaman con afectado énfasis, decoro público social? Pero el sistema panteista segun la acertada frase de Bossuet, no es otra cosa que un ateismo disfrazado; y el paraíso de Mahoma un harem musulmíco, mas torpe y degradante que todos los de la tierra; y el utilitarismo no produce sino el enriquecimiento de los mas atrevidos ó mas poderosos, y la esclavitud y la miseria en la clase proletaria; y las doctrinas del positivismo moderno con todo su decoro público y ponderada decencia no son sino la embozada apoteosis de esa deslumbradora cultura, que imperando como reina en las ciudades populosas, lleva en su seno el virus corrosivo de la inmoralidad, inevitable causa de la decadencia de los pueblos.

Sin Dios no puede haber derecho, ni puede haber justicia, ni sociedad. ¿Qué significa un vano respeto social para el hombre que no ve en sus semejantes la imágen de Dios, y que no reconoce otra traba á sus ilícitos deseos, que las prescripciones del código penal? Mientras la autoridad se ostente amenazadora sobre su cerviz, contendrá sus aviesas pasiones, como contiene una fiera sus instintos feroces en una jaula de hierro. Pero en cuanto vislumbre alguna de tantas ocasiones como ofrece continuamente la vida, se entregará á los mayores desórdenes, y derramará acaso la sangre del inocente, ó consumirá en la miseria al infeliz desvalido. ¡Cuántos crímenes hay que no caen bajo la accion y alcance de la justicia humana! Cuántos hurtos, homicidios, é injusticias de todas clases se cometen sin que puedan impedirlos ni castigarlos los tribunales de la tierra. «La espada de la ley es muchas veces demasiado corta para alcanzar al crimen; pero nada puede escapar á la Religion, que es juntamente el arma mas segura y la de mas alcance»⁽¹⁾. El hombre dispone de infinidad

⁽¹⁾ APARISI. Pensamientos—tomo 1.º de sus obras.

de medios para satisfacer sus apetitos desordenados, que no puede prevenir otra ley que la ley de la conciencia, delator, juez y verdugo al mismo tiempo del criminal, segun la espresion exacta y concisa de un gran poeta lírico de nuestra España⁽¹⁾; y la conciencia sin Dios sería un eco sin sonido que lo produjera, un reflejo sin foco de luz que le irradiára, un vestigio monstruoso creado para tormento del hombre.

Pero no basta, Señores, reconocer el origen altísimo, y la trascendental importancia del orden moral, si ese origen y esa importancia no encuentran su asiento fijo é inmovible en el orden sobrenatural ó revelado. La teoría llamada de la moral independiente tambien proclama esas doctrinas; pero amalgamando la idea cristiana con la idea gentílica, quiere convertir en juez y árbitro de esa moralidad el movedizo criterio de los individuos y de las sociedades con absoluta exclusion de toda autoridad divina y humana. Para este criterio existe un dios, origen soberano de la moral y del derecho; pero ese dios es una divinidad vaga, genérica, indeterminada, que lo mismo puede ser el dios de los panteistas, el ente supremo de Robespierre ó el incognoscible de Spencer. Porque si no puede haber dos proposiciones contradictorias, igualmente verdaderas, y la doctrina revelada, que es la católica, se opone á las demas doctrinas, y estas doctrinas luchan entre sí, quiere decir, que la sociedad que no admite las enseñanzas del Catolicismo, arrastrada por la lógica, ó debe proclamarse atea, ó permanecer en la mas profunda ignorancia de su origen supremo y de su destino final. ¡Bella sociedad, semejante á una nave que se lanzara á la inmensidad del Océano, sin conocer el mar que surca y el rumbo que sigue en su camino! Que eso es lo que sucede en un Estado que prescinde ó se aparta del dogma católico, y sin embargo quiere mantener la nocion del derecho y del orden moral en un lugar inaccesible al orgullo y á las pasiones del hombre. El dogma católico enseña que existe un Dios, justicia incorruptible, bondad infinita, poder omnipotente, verdad suma, y quien admita esta nocion tiene por consecuencia necesaria que admitir las demas conclusiones que de ella se derivan. No basta decir: admito esta verdad y niego la otra; las verdades del Catolicismo están tan estrechamente enlazadas, que de la admision de la una resulta necesariamente la admision de la otra, sino por el enlace lógico de las ideas, que se observe en todos y cada uno de sus dogmas, por razon del medio que los hace admisibles al humano entendimiento, que es la verdad y sabiduría del Altísimo, hablando á la criatura racional de una manera incontestable.

Tres son los medios de conocer la verdad: la razon individual abandonada á sí misma, la revelacion sola, y la revelacion secundada por el raciocinio. La razon sola conduce al hombre al abismo de innumerables errores, como nos lo manifiesta de una manera irrefragable la historia del racionalismo antiguo, y mucho más la del moderno. El uso exclusivo de la revelacion menoscaba los derechos del hombre, que inteligente y libre debe creer razonablemente las verdades reveladas, apoyado en las razones que las hacen admisibles á la recta razon; *rationabile obsequium vestrum*, dice S. Pablo. Y la union y enlace de la revelacion con el raciocinio, apoyándose en la limitacion de la inteligencia humana y

⁽¹⁾ D. GASPAR NUÑEZ DE ARCE-Vértigo.

reconociendo al mismo tiempo su nobleza, la conduce por segura via al conocimiento de la verdad, sin menoscabo del respeto debido á Dios y con gran beneficio de la inteligencia propia. El último que es el medio adoptado por los doctores católicos, es el único que deben aceptar las sociedades, sino quieren hacerse cómplices de la estúpida creencia musulmana, ó de los delirios de la razon abandonada á sus propios esfuerzos.

El órden moral por consiguiente conocido por las luces de la razon, é ilustrado y garantido por las verdades reveladas, es el principio fundamental y adecuado del progreso social; de tal manera que sin este sólido fundamento la mas perfecta administracion pública, los mas generosos y nobles propósitos en pro del bienestar general se esterilizan, y hasta se convierten en nocivos para el Estado. La ciencia sin virtud es luz; pero luz que quema y destruye cuantos objetos alumbra. La abundancia de recursos materiales, sino se guarece al amparo de la conciencia, podrá dar á las sociedades gran pujanza ante las naciones extranjeras; pero esta pujanza será como los castillos gigantescos que forma la candorosa infancia que al menor soplo se derrumban. Todo lo que no se apoya en la justicia, es por su naturaleza caduco é inestable; porque el hombre no puede reconocer sobre sí otra fuerza superior á sus pasiones, que la ley eterna del Creador, que impresa en el fondo de su alma, le muestra el verdadero camino de lo justo y de lo injusto, alentando sus esperanzas y subyugando sus deseos criminales. La virtud es la única que ennoblece y vigoriza la inteligencia, conteniéndola dentro de su legítimo objeto: la virtud es la que hace respetable la espada de la justicia y el arma del soldado: la virtud es la que hace amable la autoridad y sus disposiciones fáciles y hasta gustosas; la virtud es la única que consagrando los intereses materiales, los hace servir en beneficio del bienestar comun, y los torna fecundos aun en frutos de moralidad y de justicia. La virtud es la norma soberana fijada al hombre para encaminar sus pasos á la consecucion de sus destinos.

De esta ley suprema dimana la obligacion constante de los individuos, y en especial de las sociedades, de procurar incesantemente el bien moral en todos y cada uno de sus actos. Es una contradiccion monstruosa suponer que lo que la inteligencia admite como verdadero y como bueno, lo traduzcan á la práctica las sociedades como indiferente respecto al progreso de sus legítimos intereses. Es una expresion, ó vacía de sentido, ó evidentemente absurda, la de que «el Estado no tiene alma». Porque, ó el Estado es una entidad abstracta, una forma sin sujeto, o debe sostener y proteger los sagrados intereses de la virtud y de la justicia; no siendo, como dice S. Agustin, otro el origen del Estado que el del hombre, porque aquel no es sino la asociacion conforme de los individuos que le forman; ó como dice Sto. Tomás, restringiendo la palabra Estado, la razon que preside y la fuerza que gobierna para el mayor bien de los asociados.

Sobre esta vida sensible sujeta á las influencias de la materia, hay otra vida superior que no obedece á leyes físicas ni químicas, ni está coartada por el tiempo y el espacio: la vida del espíritu, la vida de la criatura racional, que tiene leyes soberanas que cumplir y necesidades nobilísimas que satisfacer, mientras arrastre la frágil envoltura de la carne. En vano los Estados querrán prescindir de esas leyes y de esas necesidades; é ¡infelices de ellos el dia que cegados por el orgullo se emancipen de su augusto dominio, respirando tan solo

la vida material, fugaz y caduca, como todo lo que cobija el tiempo! Un cuerpo sin alma es un pedazo de materia, que busca el lodo de que fué formado; y un Estado sin virtud es un alcázar que se derrumba por sí mismo, minado por la disolucion que se ha preparado voluntariamente con sus propios desvaríos.

Pero el orden moral no puede subsistir en una sociedad, sino hermanado al pie de los altares con la verdadera religion. Todo deber de conciencia se apoya en Dios; y la primera de todas las obligaciones del hombre para con su Creador, es la de rendirle el homenaje sincero de todas sus potencias. Por eso ha dicho un profundo publicista, «que el Estado debe ser tan religioso como el hombre»⁽¹⁾, porque si suponemos que prescinde de este deber supremo, ciérrase á sí mismo la puerta á las trascendentales ventajas que aporta á las sociedades el orden moral.

Consecuencia natural y lógica de esta verdad es que los Estados deben abrazar y hacer que por todos sea respetada la religion verdadera.

Sueños de una imaginacion delirante parecen las pretensiones de ciertos estadistas, que celosos promovedores del progreso, por una de esas contradicciones monstruosas que se observan en el corazon humano, respetando igualmente todos los cultos, creen adsequible la perfeccion de la sociedad sin la unidad religiosa. Amantes de la libertad de conciencia, juzgan cosa de poco momento las diferencias de religion, y en su amplio criterio, merecen igual honor el judío y el mahometano, el protestante y el católico, el indiferente y el ateo, con tal que en las manifestaciones de su culto, no perturben la tranquilidad pública. Señores, monstruosidad como ésta, no se ocurrió á los filósofos del paganismo. «Jamás se fundó Estado alguno, sin que la religion le sirviese de base: tal es la experiencia de todos los siglos»⁽²⁾. «Mas fácil creo, decia Plutarco⁽³⁾, fundar una ciudad en el aire, y sin suelo, que poderse bien gobernar sin religion». Numa consolidó la ciudad de los siete collados, bajo la proteccion de Júpiter Capitolino. Licurgo buscó la sancion de sus leyes y de su república en el sagrado de Apolo. Los perseguidores del cristianismo, si le movieron tan cruda guerra, fué porque le creían atentatorio á la religion del Estado; y en todas partes, la religion es el árbol santo, á cuya sombra viven, y se conservan y prosperan las sociedades. Muy bien dijo á este propósito el célebre Fígaro: «la Religion, como dogma de los deberes del hombre para con el Poder Superior, y como fuente de la moral; y la justicia, como dogma de los deberes de los hombres entre sí, y como fuente del orden, son la base de todo estado social»⁽⁴⁾.

«El estudio de la religion y la práctica de la virtud son las fuentes de la verdadera política, de ese gran arte, que enseña á hacer prósperos los pueblos, y atan con estrecho vínculo el engrandecimiento de los Estados con la pureza de las costumbres.»

⁽¹⁾ DONOSO CORTÉS.

⁽²⁾ APARISI.

⁽³⁾ Lib. Adv. Colot.

⁽⁴⁾ LARRA.—Dogma de los hombres libres. Introduccion.

«No puede haber verdadera felicidad y grandeza, donde las leyes divinas y humanas carecen de vigor y observancia»⁽¹⁾. «El enflaquecimiento ó corrupcion de los principios religiosos ha sido en todo tiempo la señal infalible del decaimiento de una nacion; porque asi como nada hay más ruinoso para un hombre que el libertinaje, tampoco hay principio más disolvente para un Estado que la irreligion»⁽²⁾.

Porque la unidad es la que forma los estados, la unidad es la que les comunica la fuerza vital, que mueve á todos los individuos al bienestar general. Un Estado sin unidad es un cuerpo sin alma, y un ejército indisciplinado sin caudillo que le guie al combate. Allí donde no hay unidad, reina la discordia, y la lucha de intereses encontrados, que convierten la sociedad mas bien en una confusa aglomeracion de seres irracionales, que en una asociacion de hombres civilizados. Pues bien; entre todas las unidades, la más grande y de mayor eficacia es la unidad religiosa, porque apoyándose inmediatamente en la conciencia, extiende sus derechos sobre todo lo temporal y caduco de las cosas humanas, para colocarlos en el seno mismo de la divinidad. No hay fuerza que contraresté á esa fuerza, ni poder capaz de contener ese poder. Se sobrepone á todas las armas, vence todos los obstáculos, sacrifica hasta el amor nobilísimo de la patria y del hogar, cuando contrarían su creencia; y únicamente halla reposo en la conformidad universal de ideas y de sentimientos. No es posible que una sociedad fraccionada en diversos cultos disfrute los beneficios de la paz y estabilidad necesarias para el logro del progreso; porque de la diversidad de creencias se origina la lucha de sentimientos, cuando aquellas están arraigadas en el corazon; de la diversidad de sentimientos nace una guerra continua y encarnizada, que mina los fundamentos de la familia y de la sociedad; y de esta lucha surge la más perturbadora movilidad en cosas que por su naturaleza exigen la estabilidad más perfecta. Y si suponemos que la diversidad de creencias no es sino una enmascarada fase del indiferentismo, que se alberga en los corazones, entónces la sociedad se precipita en el abismo de calamidades, que trae consigo la desaparicion del principio moral, primer elemento del progreso.

Tan palpable y evidente es esta verdad, que el mismo Maquiavelo, que ha dado nombre á esa política, que se apoya en la intriga y acude a medios prohibidos por la buena fe y lealtad cívicas, se atrevió á dar este consejo á los gobernantes: «Los príncipes y repúblicas que quieran conservarse incólumes, tienen que poner su principal cuidado en mantener siempre puras las ceremonias de la religion, y mirarlas siempre con gran respeto, porque no puede haber otro indicio mayor de la ruina de un pueblo, que verse en él menospreciado el culto divino». Y el profundo Vico añade esta irrefragable sentencia: «Toda ciudad dividida en partidos por causa de religion, ó está ya destruida, ó próxima á su ruina».

No puede en consecuencia obtenerse la perfeccion social, sin la unidad religiosa; pero esta perfeccion sería una palabra sin sentido, si la unidad religiosa no estuviese inspirada en los principios de la religion única verdadera⁽³⁾. Porque así como no puede haber más que

⁽¹⁾ RIVADENEIRA.

⁽²⁾ APARISI.

⁽³⁾ D. Salustiano Olózaga, cuya elocuencia rayó cierto día más alta que nunca, por lo mismo que la verdad y la justicia movían su lengua, subyugó con el poder de su palabra al Congreso, y reconociendo

una sola moral y un solo derecho, así tampoco puede existir más que una sola religión; porque la religión es la que consagra todos los deberes y todos los derechos, haciéndolos dimanar de la eterna bondad y de la eterna justicia; resultando de este enlace íntimo, que el orden moral, principio fundamental del progreso, es un principio sin fuerza alguna, cuando le faltan las inspiraciones de la Religión verdadera. Por eso en la sociedad unida por el fortísimo vínculo de la religión católica profesada por todos los individuos, los gobernantes tienen la estrecha obligación de velar porque esa unidad sagrada se conserve siempre inviolable, respetada y querida de todos, impidiendo con todo el vigor de su autoridad cualquier manifestación en contrario, que tienda á menoscabar ese tesoro inapreciable, y oponiéndose con todas las fuerzas del Estado á ese torrente devastador de falsas doctrinas, que empezando por violar los derechos de la Iglesia católica, amenazan destruir hasta los últimos fundamentos del orden social.

Palpables son los resultados que han producido esas malhadadas teorías. Echad una ojeada por las naciones, entrad en los palacios, visitad los parlamentos, escuchad los discursos de las academias; y vereis en Rusia ostentarse imponente y amenazador el nihilismo; atentarse villanamente á la vida de los reyes y supremos gobernantes; predicarse doctrinas anárquicas é incendiarias; hollarse ó desatenderse con menosprecio los derechos de la Religión; y como consecuencia lógica de todo esto, sostenerse como lícitas y hasta honestas las acciones más abominables. Es inútil, que, para acallar el grito de las pasiones tumultuosas, y para contener el torrente de males, que nos amenaza, los políticos, buscando fuera de la Iglesia católica, defensa contra tan graves peligros, levanten ejércitos, aumenten los vigilantes del orden público, apresten poderosas armadas; ni el fusil, ni el cañón, ni toda la astucia de la policía, pueden llevar al hombre el amor sólido al bien, cuando están extraviadas las ideas y corrompidas las costumbres. En nombre de la misma libertad que se predica, el hombre se levanta indignado contra semejantes manifestaciones de la fuerza, y pretende con derecho igual al de los que le gobiernan, sacar vencedoras sus ideas y hasta sus caprichos.

La unión armónica de la Iglesia y el Estado basada en la unidad religiosa, conservando ambos sus respectivos derechos, obrando en sus respectivas esferas con cierta independencia relativa, que no excluya la subordinación de lo temporal á lo espiritual, recientemente proclamada por N. S. Pontífice Leon XIII⁽¹⁾, es la única tabla de salvación para librar de tantos peligros el orden moral, único sosten de las sociedades. Así lo mandó Jesucristo al decir á sus Apóstoles: dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. No debe temer el Estado que de esta unión y concordia le resulten obstáculos á su libre acción ó daño alguno. La Iglesia en sus relaciones con la sociedad se conduce con todas las condiciones de una madre. No es opresora, sino redentora; no engendra la servidumbre, sino la libertad; no

los inmensos beneficios que trae á una nación la unidad religiosa, dijo: «También á mi me sedujeron en otro tiempo las ideas del siglo XVIII, y creí que era fuente de riqueza y prosperidad para un Estado lo vario de los cultos. Pero luego que salí de mi patria y vi más de cerca las diferentes sectas, llegué á entender que uno de los mayores males que afligen á otras naciones es la libertad de creencias, y me felicité de que España conservara esa unidad de opiniones, que ¡ojalá no se pierda jamás!—M. PELAYO t. 3.º Heterodoxos, hablando de las cortes de 1837.

⁽¹⁾ Encíclica á los obispos de España *Cum multa*.

promueve la ignorancia, sino la ciencia; y en todo lugar y en todo tiempo, como nos lo dice la historia, se presenta con el carácter sagrado de Enviada del Dios de la santidad y del amor para salvar y santificar á las naciones.

Resumiendo todo lo dicho, tenemos que el orden moral, es el principal elemento de progreso en las sociedades, porque es el que mas inmediatamente las encamina á su verdadero fin; porque él es la fuente de donde derivan toda su fuerza los demas órdenes de bien, consagrándolos delante de Dios, y fecundándolos en orden á la felicidad pública. Que este elemento de progreso supone primero la profesion de la religion verdadera, primer deber del hombre para con Dios, por todos y cada uno de los individuos, y su sosteminio y conservacion por parte del Estado; que éste debe estar subordinado á la autoridad divina de la Iglesia, y secundar sus propósitos en cuanto se refiere al orden espiritual y eterno de las sociedades, fomentando el cumplimiento del deber en todos y cada uno de los asociados; y que cuanto mas fácil y mas generalizada esté la práctica de la virtud, y mas despreciado y perseguido el vicio, tanto mas la sociedad consolida su perfeccion, y marcha con paso mas seguro á la consecucion del progreso.

Veamos ahora en qué consiste el progreso intelectual, y de qué manera le deben procurar las sociedades sin peligro de extraviarse en los caminos del error.

II

«S la indigencia de la verdad la primera indigencia del alma»⁽¹⁾, y por consiguiente la primera necesidad, que debe el hombre satisfacer sobre la tierra. El cumplimiento del deber supone al hombre instruido acerca del mismo: la luz de la inteligencia debe iluminar todos los actos humanos, dirigiéndolos á sus legítimos objetos, á la manera que el piloto dirige la nave entre borrascas y peligros de todo género al puerto de su destino. La importancia del progreso intelectual es de tanta trascendencia como el progreso moral: la verdad y el bien en su acepcion mas lata, siempre unidos en lazo indisoluble, marchan paralelamente en la misma direccion arrancando del seno mismo de Dios.

«La Religion y la ciencia por lo mismo que tienen un mismo fundamento, preciso es que guarden entre sí tambien, perfecta y fundamental armonía»⁽²⁾. «Es singularmente notable que sin el progreso moral, no haya verdadero progreso en la ciencia. El progreso intelectual consiste en seguir el camino de la verdad; el progreso moral en andar por la senda del bien. Mas para llegar lejos en la investigacion de la verdad, preciso es ir lejos en la prosecucion del bien. El bien y la verdad se hallan á la vez enlazados en el campo de lo ideal y ea el de la realidad por una cadena indestructible y un parentesco misterioso. Nunca contrae la inteligencia una alianza profunda con la verdad, sino cuando la voluntad celebra con el bien un enlace indisoluble»⁽³⁾. Pero asi como el progreso moral aspira á hacer á todos

⁽¹⁾ LACORDAIRE.—Conferencias.

⁽²⁾ SPENCER.

⁽³⁾ P. FELIX.

los ciudadanos virtuosos, el progreso intelectual no los supone á todos sabios, aunque sí conocedores de las grandes verdades, que se presuponen á todo progreso.

El espíritu revolucionario que, segun Proudhon y muchos filósofos modernos, es el verdadero motor del progreso, cifra todo su afan en ilustrar á las muchedumbres, para prepararlas, segun dicen, á recibir las grandes máximas de la filosofía que ha de regenerar el mundo. Para este espíritu el ideal del progreso en la instruccion, consiste en que todos y cada uno de los ciudadanos adquieran el grado de ilustracion necesaria para intervenir en los negocios públicos, para profesar la religion y la moral que les pluguiere, y concurrir al mayor desarrollo de los intereses económicos. De ahí la tendencia cada vez más marcada de fomentar la ilustracion del pueblo, creando escuelas, estableciendo bibliotecas, y abriendo conferencias públicas, donde se diserta sin traba alguna de todo cuanto puede ocurrir al humano entendimiento. Esta teoría sería inocente ilusion de niños ó de fantasías soñadoras, sino llevase consigo la destruccion de uno de los principales fundamentos de toda sociedad. En la sociedad debe haber sabios é ignorantes, personas que puedan enseñar y personas que necesiten aprender; porque toda sociedad es una gran congregacion en que viven sabios y oradores, artistas y poetas, comerciantes é industriales, clases trabajadoras y clases acomodadas, siendo varias las aptitudes de los hombres, y múltiples las necesidades que deben satisfacer. La sociedad humana se ha constituido como un cuerpo armónico, en que por precision ha de haber ciertas desigualdades que siguen en todas partes al hombre social. Es un ensueño el pensar que todos los hombres han de ser iguales, teniendo tambien iguales y omnímodos derechos en la sociedad. ¿Qué sería de un Estado en que todos fuesen filósofos, todos fuesen artistas, todos fuesen propietarios? Dejo á vuestra consideracion, Señores, los monstruosos efectos de tamaño desvarío.

La sociedad humana imita el orden maravilloso de la naturaleza y refleja en cierto modo la organizacion de la Iglesia. Mirad al firmamento, y veréis astros de diferentes magnitudes, de variados movimientos; mirad á la tierra, y veréis en ella levantarse junto á la arrogante figura del elefante la raquítica del género *mus*; veréis que mientras el castor se edifica su morada en las corrientes de los ríos, el águila fabrica su nido en la cúspide altísima de las montañas, el cuadrumano en la espesura de los bosques, y el armadillo en el seno de la tierra. Y esta variedad se advierte en todas las cosas criadas, desde el último helecho de los campos hasta el gigantesco cedro del Líbano; desde el humilde *batracio* que se agita en el lodo, hasta el hombre que domina el mundo; desde el pequeño infusorio hasta las sublimidades de la naturaleza angélica, en la cual se nota tambien una variedad incalculable de espíritus purísimos. La ley del mundo es la armonía; y la armonía no puede darse, sino donde existen séres más y menos perfectos, enlazados entre sí por estrecho vínculo.

¿Qué es la Iglesia sino el conjunto más armónico que conoce el hombre? Ella reconoce por cabeza á Jesucristo, y por sus miembros hasta los rudos habitantes de la Etiopía. A ella pertenecen los ángeles que gozaron de Dios desde el principio, los santos que disfrutaron en el cielo de su victoria contra el mundo y las pasiones, y los tristes mortales, que peregrinos de su patria lloran inconsolables la ausencia de la felicidad á que aspiran. Efecto de este admirable concierto es que la voz del humilde cristiano, que invoca á Dios desde la oscuridad

del mísero tugurio, sea la voz tambien del cielo y de la tierra que unidos místicamente en la Iglesia, participan de sus dolores, y acompañan su plegaria. En la Iglesia como dice S. Pablo, á unos se da el espíritu de las lenguas, á otros el espíritu de las ciencias, á otros la interpretacion de las escrituras, á otros la facultad de obrar prodigios, á fin de que por la diversidad de oficios, todos contribuyan á la unidad y hermosura del cuerpo místico de Jesucristo, y hagan palpables los múltiples tesoros de su gracia. En la Iglesia unos son pontífices, que se dedican á hacer sacrificios á Dios en nombre del pueblo; otros son doctores, que le instruyen en lo necesario para su salvacion; otros son apóstoles que marchan á lejanas regiones para evangelizar á los que yacen sentados en las tinieblas y sombras de muerte; y otros son simples auxiliares de los anteriores, que los sostienen, proporcionándoles recursos, y atendiendo á las necesidades temporales de la Iglesia. Y todos son dignos igualmente de alabanza segun el apóstol S. Pablo, porque todos contribuyen á la consumacion de la santidad de la Iglesia, y todos cooperan al ministerio sublime de las almas, edificándolas para que formen un solo cuerpo con Jesucristo⁽¹⁾.

Pues si la armonía motivada por la desigualdad y diferencia de los seres, es la ley de toda asociacion natural y religiosa, sería absurdo suponer que la sociedad civil estuviese excluida de esa ley, de la cual depende la proporcion y belleza del universo. Siendo el hombre un compuesto de alma y cuerpo, de espíritu y de materia, dotado de variedad de facultades, todas estas exigen de parte de la sociedad á que pertenece, diferentes atenciones. El individuo tiene derecho á exigir que el Estado sea sabio, artista, y tenga hasta cierto punto todas cuantas buenas cualidades puedan adornar al hombre. No precisamente que el Estado haya de ser la entidad mas excelente que puedan encontrar los asociados; tal pretension sería un absurdo; los jefes de cualquiera sociedad son hombres, y sabido es que el hombre por perfecto que se le suponga en la tierra, no puede abarcar los vastos dominios de la actividad humana. Pero si el Estado considerado en los individuos que ejercen la autoridad pública dimanada de Dios, no está obligado á poseer todas esas cualidades respecto á la instruccion de sus súbditos; debe sí procurar que en la sociedad haya centros donde puedan hallar toda clase de ilustracion, los que la deseen; y personas idóneas que los puedan dirigir.

Porque inútil sería la sociedad para el individuo, si mirando únicamente por su poderío material, descuidase ó desatendiese el gravísimo deber de la instruccion. Cuanto más noble es la facultad intelectual, tanto más exige ser educada, porque la influencia de los sentidos y la exaltacion de las pasiones ciérranle con frecuencia los caminos de la verdad, y precipitada en el error, causa el desórden en las demas facultades regidas y gobernadas por ella.

Dos géneros de verdad perfeccionan el entendimiento en orden á la sociedad, obligatorias unas para todo individuo, y que á todos debe procurar el Estado, y otras que imponiendo tambien á la sociedad un deber ineludible, no ligan de igual modo á todos y cada uno de los individuos. En las del primer género figuran en primera línea las verdades

⁽¹⁾ Epist. ad Ephesios cap. 4.

religiosas y morales, y las reglas que determinan las mutuas relaciones de los ciudadanos, sus derechos y sus deberes y los medios de realizarlos sin perjuicio de los demás asociados. Primero el conocimiento de Dios y de las cosas que á él se refieran, despues los deberes del hombre respecto de su persona y de sus semejantes, y luego el conocimiento de aquellas cosas que el asociado por sí mismo no puede conocer y sin las cuales no puede vivir en la sociedad á que pertenece. Ó compendiando: la sociedad debe procurar á todos y á cada uno de sus individuos el conocimiento de las verdades que origina su triple carácter de religioso, de hombre, y de ciudadano, guarecidas respectivamente en el santuario de la moral, que uniendo en un solo cuerpo á gobernantes y gobernados, á todos los hace confluir al mayor bien general, la vez que logra tambien el mayor bien de los mismos individuos.

Pero si la sociedad está obligada á procurar á cada uno de los asociados la instruccion religiosa, la instruccion moral y la instruccion cívica; no lo está menos á fomentar el cultivo de los estudios superiores. Porque si es necesario conocer al Dios verdadero y saber las reglas inmutables de las costumbres juntamente con las leyes de la sociedad respectiva en lo que tiene de mayor garantía para el bien de los individuos, no lo es ménos que el descuido de los estudios superiores engendra el olvido de los conocimientos obligatorios, y poco á poco precipita á las sociedades en las tinieblas de la ignorancia, inseparable compañera de la barbárie. Las facultades del hombre están tan íntimamente trabadas que no es posible descuidar una sin que las demas sufran menoscabo, y por el contrario el excesivo desarrollo de cualquiera de ellas debilita y empobrece las demás. En todas las cosas, Señores, el órden, padre de la armonía, es el camino que debe seguirse para no extraviar la actividad humana de su legítimo cauce. Si la inteligencia es la más noble de nuestras facultades, prodiguémosle en abundancia el alimento sublime de la verdad, para que ha sido criada, y abrámosle en todas partes ancho campo, donde pueda derramar sus luces en beneficio de las demas facultades.

Empero la instruccion especial, tanto intelectual como artística en sus diferentes secciones no puede ni debe imponerse á todos; tamaña disposicion sería tanto más perjudicial, cuanto más noble y superior es el objeto á que se refiere. No ha de arrojar el Estado, usando una expresion bíblica, las margaritas á los puercos; no ha de depositar el divino tesoro de la verdad en brazos de la ignorancia y de las pasiones populares; que el deseo inmoderado de *popularizar*, como hoy se dice, la instruccion científica, podrá ser buen camino para producir pedantes, orgullosos, y holgazanes; no verdaderos sabios que defendidos con el escudo de la prudencia y sensato criterio contra las pretensiones de falsos eruditos, sepan lidiar valerosamente por los fueros sagrados de la verdad, y sacarla incólume y vencedora del orgullo de los filósofos alucinados y de la osadía de las turbas que se llaman ilustradas.

Siguiendo este criterio, una sociedad será tanto más perfecta en el órden intelectual, cuanto más generalizada esté la instruccion que hemos llamado obligatoria, y la instruccion llamada comunmente primaria, y cuanto mas accesibles sean á los buenos ingenios y menos fácil á los mediocres la instruccion superior. Á este objeto deben ordenar todos sus esfuerzos

los gobernantes, y entónces podrán enorgullecerse de haber cumplido á satisfaccion el gran deber de mirar por la instruccion de los gobernados.

Deber es este desconocido de las sociedades antiguas, desatendido por la sabia Atenas, y dado á conocer al mundo, como luz brillante y bienhechora, por la Iglesia católica. Las sociedades antiguas eran eminentemente absorventes; sólo atendian á su engrandecimiento material, y al esplendor de sus armas; y mientras el pueblo vegetaba en la más grosera ignorancia, el cultivo de las ciencias y de las artes estaba relegado á algunos cuantos hombres amantes del progreso, que pasaban inadvertidos para el Estado. Hoy gracias al catolicismo, que el primer deber que impone á sus fieles es la instruccion, las naciones saben apreciar los tesoros de las ciencias y las artes, y por doquiera se palpan las mas enérgicas tendencias y los más poderosos estímulos por la ilustracion y cultura intelectual de las sociedades. Pesa sobre los gobiernos el estrecho deber de conciencia de encauzar esas aspiraciones por las vias católicas, abriendo escuelas públicas, escuelas de artes, escuelas industriales, centros de enseñanza de todas clases, en las cuales se destaque como brillante corona y como égida de proteccion la Iglesia católica, bajo la cual se desenvuelvan en armonioso concierto todas las aptitudes humanas, volviendo á Dios en brazos de la religion, lo que Aquel diera al hombre para manifestacion de su infinita grandeza.

Fomentando de esta manera los estudios, la sociedad civil se unirá al pueblo con los vínculos del amor, que constituye la base más firme de toda autoridad, y adquirirá lustre é importancia ante las naciones extrañas. El hijo sabio, dice el Espíritu Santo, alegra y glorifica á su padre, y es la mejor corona de su ancianidad. La ciencia informada por la virtud es entre todas las cosas humanas, la fuente más pura y abundante de gloria y de grandeza. En las hazañas del guerrero que libra á la patria de las garras del invasor, en medio de la generosidad y valentía de ánimo se ostenta palpable la fuerza bruta, de la cual el hombre participa, como participan los elementos y las fieras. En el desprendimiento y prodigalidad de un espíritu anhelante de socorrer las necesidades y miserias del prójimo, se ve la nobleza del alma, pero tambien la abundancia de recursos, en cuya adquisicion el hombre tiene muchas veces poco digno de alabanza. Pero en la ciencia, el hombre traspasando todas las vallas de la materia, casi iguala á los ángeles, y se aproxima á la increada sabiduría. Solo la santidad la excede en mérito y excelencia, porque la santidad supone el cumplimiento de todos los deberes, morales, físicos é intelectuales. El hombre tiende naturalmente á la sabiduría, siente en su corazon vigorosos estímulos para indagar y comprender todas las cosas, y el afortunado que logra descorrer el velo que oculta la verdad á los ojos de los mortales, se presenta ante ellos, como una especie de sér extraordinario orlado con la corona de un Dios. Todos los honores de la sociedad son para aquel, que dotado de claro entendimiento, tiene la felicidad de desterrar la ignorancia y de abrir á las demas inteligencias los extensos horizontes de la realidad.

Veamos ahora en qué forma deben los Estados atender esa obligacion sagrada de fomentar la instruccion pública.

Base de toda ilustracion es la enseñanza elemental y primaria, y en esta acaso con mayor motivo que en otra cualquiera, no deben olvidar los gobiernos las máximas del Catolicismo.

«Uno de los primeros cuidados que han de ocupar á los gobernantes, y todos los que teniendo alguna influencia directa ó indirecta sobre la sociedad, se interesan por el bien de sus semejantes, es sin duda la instruccion primaria. Si esta se halla arreglada, si presiden á la misma la religion y la moral, resultarán los hombres más instruidos y menos viciosos, porque la generalidad de ellos no se forma con el estudio de elevadas ciencias, ni está destinada á carreras literarias, sino que viviendo en una condicion modesta, conservan en el resto de sus dias lo que se les ha enseñado en la primera edad, sin que tengan ocasion de añadir al caudal de sus luces otra cosa que las lecciones de la experiencia.

Es mas difícil de lo que á primera vista pudiera parecer el que los maestros sean á propósito para desempeñar su mision. El enseñar á un niño exige más laboriosidad, más tino y discrecion del que comunmente poseen los destinados á esta carrera.

Fuera de desear que los maestros de primera educacion no sólo profesasen principios religiosos y morales, sino que tambien los pusiesen en práctica. Quien no está adherido de corazon á las creencias religiosas podrá aparentar religiosidad por interés propio, por consideracion á los demás, y quizás hasta por el deseo de que los otros, sobre todo los de tierna edad, no se aparten de la fe, que él tiene perdida. Mas como la verdad es el estado normal del hombre, y la ficcion continuada no es posible, resulta que á lo mejor se olvidan esta clase de actores de que están representando su papel, y hablan ú obran conforme á sus erradas doctrinas. El niño que casi siempre tiene fija la vista sobre sus superiores, que recoge con avidez las palabras que ellos pronuncian tal vez sin advertir lo que dicen, que observa todos los actos de las personas que ejercen sobre él alguna autoridad, y que además tiene una fuerte inclinacion a referir todo lo que oye y a imitar lo que ve, considera como de poca importancia lo que ha llegado á notar que es reputado como de escaso valer por aquellos a quienes respeta; por las personas que le gobiernan. Una expresion, un gesto que se le escapará al maestro en el acto de enseñar la doctrina cristiana ó la práctica de algun acto religioso, bastará quizás para hacer brotar en aquellas almas tiernas un pensamiento maligno, que despues se convertirá en duda ó en desenvuelta impiedad»⁽¹⁾.

El corazon del niño es una masa completamente dúctil, siempre dócil á la direccion de sus maestros; y asi como puede convertirse en un sér eminentemente útil á sí mismo y á la sociedad, si se le conduce por la senda del bien, asi por el contrario, dirigido por caminos extraviados, puede convertirse en un criminal, amenaza continúa á la sociedad, y escándalo perpétuo de los buenos.

En el seno de la familia reside el primer deber de educar la infancia. El padre es el maestro dado por la naturaleza á sus hijos, y el Estado debe proteger y fomentar esa

⁽¹⁾ BALMES—La sociedad, tom. 4.

obligacion, y sustituir a la familia en el caso de que esta carezca de los medios convenientes para educar á sus hijos⁽¹⁾. El porvenir de las sociedades depende de la juventud. Los que hoy son niños, mañana serán hombres, que serán llamados á ocupar los puestos más distinguidos del Estado. Por ese motivo es de precision absoluta que la instruccion primaria se acoja al sagrado del templo, y bajo la prudente direccion del sacerdocio reciba las inspiraciones de la religion, primera necesidad y la más noble de las tendencias de la criatura. ¡Qué cuadro tan hermoso ver multitud de niños agruparse al lado del sacerdote del Altísimo, aprender de sus labios las grandes doctrinas, que ignoraron Aristóteles y Platon, murmurar dulcemente las plegarias que ponen en comunicacion el cielo y la tierra, y alejarse despues al hogar paterno, fortalecidos con la bendicion del ministro del Santuario! Y por el contrario ¡qué horrible espectáculo es ver á séres inocentes por la ternura de sus años hablar de los derechos del hombre, disertar neciamente sobre las leyes de la materia, sin oírles una sola palabra de amor, una sola palabra de religion, ni expresion alguna sobre las trascendentales, facilísimas verdades, que educan al espíritu y dan al corazon magnanimidad y energía! Tan evidente es esta doctrina, que en todas las naciones se reconoce de una manera más ó ménos concreta la necesidad de la religion como fundamento de la instruccion primaria. Se pretende sí, separarla de la inspeccion de la Iglesia católica, incurriendo en una monstruosa contradiccion, como si hubiese otro dios, que el de los cristianos, y otro dogma religioso tan irrefragablemente demostrado como el dogma católico. Absurdo es buscar cristalinas aguas en los cenegales de un pantano, y auras puras y saludables en la emponzoñada atmósfera de un depósito de materias corrompidas. La verdad es absorbente por su naturaleza; quiere sola el dominio del mundo, porque es hija de Dios, que la ha criado. Y el entregar con fria indiferencia la educacion de los niños lo mismo al pastor disidente que al doctor de la sinagoga, al pope de

⁽¹⁾ La escuela es una institucion que se sustituye en lugar del padre en lo concerniente á la instruccion y educacion de los jóvenes. El padre es propiamente el maestro nato de sus hijos; pero no sintiéndose con la aptitud necesaria para desempeñar esta mision, ó impidiéndoselo otros asuntos domésticos ó civiles, encomienda á otros este cuidado, enviando sus hijos á la escuela ó encarrándoles en un colegio. Los deberes por consiguiente de la escuela y del colegio, son los mismos que sobre este particular afectan al padre.

El padre debe formar el espíritu del niño á quien dió la existencia. El padre no ha enviado al mundo un sér puramente viviente ó sensitivo, como la planta ó el bruto, ha enviado al mundo un hombre, un sér inteligente y moral, un sér dotado de una alma imperecedera. Debe por lo tanto perfeccionar y desarrollar este ser, informarle en la virtud y encaminarle á sus eternos destinos.

El entendimiento se perfecciona con el conocimiento de la verdad, y este conocimiento es imperfecto y vicioso sin el conocimiento de la Verdad Suma, de la fuente de toda verdad, que es Dios.

En el hombre hay algo de más precioso que la inteligencia, y es la conciencia, el corazon. Mas, ¿cómo formar la conciencia del joven y su corazon en la virtud sin Religion y sin Dios? La escuela sin Dios y sin Religion, ántes es un mal que no un bien para, la juventud. Acrecienta y desarrolla las facultades, sin enseñar el uso que debe hacerse de ellas, y las abandona á la fácil dominacion de las viciosas tendencias de la naturaleza corrompida.

Si el padre está por naturaleza obligado á infundir y promover la piedad para con Dios en el ánimo de sus hijos, claro es que la escuela y el colegio que toman sobre sí el encargo de educar é instruir á la juventud, y se sustituyen en el deber del padre, no pueden en manera alguna, sin desnaturalizarse á sí mismos, dispensarse del cuidado de instruir y ejercitar en la Religion a los alumnos.—LIBERATORE. *La Iglesia y el Estado.*

Rusia, que al maestro de las escuelas racionalistas, equivale á si se entregase la curacion de un enfermo delicado lo mismo al empírico supersticioso que á un afamado facultativo.

Esta época, como decia un célebre escritor⁽¹⁾, es la época de las grandes contradicciones, é imposible parece que sintiéndose en las sociedades modernas fuertes estímulos de progreso, se descuiden y hasta se perviertan intereses tan trascendentales como la educacion de los niños. Mueve á risa, si risa puede haber al contemplar que la sociedad marcha precipitada al abismo de su ruina, pensar que en algunas naciones se ha querido sustituir el catecismo de la constitucion al catecismo cristiano. Dios permite, Señores, ciertas ceguedades, que son á veces castigo de grandes crímenes sociales; y quien sabe si el desden, con que se miran asuntos de tanta monta, es un aviso paternal que Dios envia á las naciones, para que reflexionando sobre sí mismas, lloren los ultrajes inferidos al Catolicismo, y se convenzan de que sólo bajo el yugo de la ley divina pueden encontrar la felicidad por que suspiran, el reposo y la paz que tanto anhelan. Entónces desaparecerá la raza de hombres de que se lamentaba el célebre Dupanloup en la asamblea francesa, al combatir una proposicion de ley anticristiana. «Dios nos libre de que se multiplique entre nosotros la raza de hombres sin corazon, la raza de los hombres sin alma; no solamente de aquellos que se glorian de decir que no la tienen, sino tambien de los que creyendo en ella, viven como sino la tuvieran: la raza de las conciencias sin fé y sin ley».

No queremos decir que el Pontífice y el Sacerdote han de ser los únicos directores de las escuelas, como afirman, no sé si de buena ó de mala fé, los enemigos de la llamada teocracia. La Iglesia solo pretende que la educacion no se emancipe de su autoridad. Deja a los gobiernos su direccion inmediata, con tal que se conformen sus enseñanzas al dogma y la moral que ella predica, y no excluyan al sacerdocio de la inspeccion que le corresponde de derecho divino y que ha recibido de Jesucristo como uno de sus deberes mas sagrados. El hombre antes es religioso que ciudadano, porque Dios es antes que la patria; y la religion, como dice S. Agustin, nos une inmediatamente con Dios, cuyo ministerio en la tierra desempeña el sacerdote.—*Dei legatione fungimur*.

Pero el progreso, Señores, es una série no interrumpida de actos hácia el bien, y no basta que la instruccion primaria esté bien dirigida, si despues se desatiende la enseñanza superior, que forma inmediatamente los hombres sabios. Los jóvenes suelen salir de la tutela de sus maestros en una edad muy peligrosa, la edad de las pasiones, la edad de los devaneos, la edad en que se desarrollan todos los gérmenes de la actividad humana. En esta edad doquiera encuentra enemigos la juventud. Tiene que luchar contra los halagos del mundo, que le arrastra con sus diversiones y pasatiempos; tiene que contrarestar la fuerza inmensa de los apetitos que se rebelan, y de la soberbia que deshecha todo yugo; y tiene que lidiar hasta con la ciencia misma, cuya adquisicion le fascina y le llena de orgullo. De ahí la gravedad y trascendencia de una buena direccion, que no comprenda solamente la educacion intelectual, sino que abarcando todos los extremos, evite en lo posible todos los obstáculos que se opongan á robustecer el corazon, mientras se cultiva la inteligencia.

(1) D. ANTONIO APARISI.

Es un error pernicioso suponer que basta á la juventud estudiosa tener sabios profesores, disponer de grandes centros de enseñanza, y tener á su disposicion grandes bibliotecas y museos. Este sistema producirá, no lo dudamos, hombres de ciencia y de copiosa erudicion, pero tambien hombres perversos y funestos á la sociedad, que faltos del amor á la virtud, se lanzarán en las corrientes del indiferentismo, y acaso mancillarán sus conocimientos con una existencia depravada. Estos son los frutos que ha dado al mundo la secularizacion de los estudios universitarios, introducida en Europa por los discípulos de la Convencion francesa. Frecuentemente se observa en el sagrado sitio del profesor al panteista, al positivista, al ateo, al indiferente, que han ido á beber sus doctrinas á orillas del Rhin, que han dado un ósculo de amistad al eminente Krause, que han aspirado las brumosas auras de Albion, ó se han sentado en fraternal banquete con los hijos de Voltaire. Y los discípulos que reciben tan *provechosas* lecciones, van despues al hogar doméstico, arrancando lágrimas de dolor á su buena madre, sembrando la discordia religiosa, haciéndose oradores de los clubs y de los casinos, y presentándose ante sus conciudadanos con las pretensiones del magisterio mas augusto. Asi contagiada la sociedad en su parte mas florida, piérdese todo verdadero respeto á la autoridad, surgen cismas y motines, desquiciase todo derecho, y se abre la puerta á toda clase de crímenes. Porque el alumno que escucha que el mejor gobierno es la anarquía; que la pena de muerte es un asesinato; que la conciencia es un fantasma misterioso, efecto de tantas contradicciones como se notan en el hombre; que Dios, ó no existe, ó es un sér indefinible, de cuyos atributos nada de cierto puede saber el hombre, desprecia en consecuencia la autoridad de la Iglesia, hace mofa de sus ministros, ríese desdeñoso de los destinos de ultratumba, y hace gala de ser un espíritu, de los que se llaman á sí mismos *fuertes*, prescindiendo por completo de toda ley, de toda traba, que se oponga á la satisfaccion de sus caprichos.

El inventor del monopolio universitario será tenido en las sociedades venideras, como el hombre mas funesto á la enseñanza que ha existido desde el establecimiento del cristianismo. No teme la verdad, ni la Iglesia católica su legítima depositaria, el hierro y el fuego del perseguidor. Tres siglos continuados lucho contra las armas del paganismo, y salió vencedora; y aún ahora mismo se sostiene en los paises infieles, á pesar de la guerra que se le mueve con encarnizado furor. Teme sí, mucho, no por su existencia, por que sabe muy bien que ha de vivir mientras vivan los siglos, teme por sus propios hijos, por la humanidad entera, á la cual con ese pernicioso sistema, se conduce al error y á la disolucion. La Iglesia por sí misma, desea la libertad, porque libres son los que se guian por el espíritu de Dios, segun S. Pablo. Quiere campo libre para su accion, y ella se encarga de remediar ese cúmulo de males producidos por la secularizacion de la enseñanza.

«El mundo no ha de salvarse únicamente por medio del pensamiento, sino tambien por medio de la accion; es decir que el mundo para salvarse tiene necesidad de verdad y de virtud. Pues bien, ni la una ni la otra puede recibirla el mundo, más que de manos de la Iglesia; y la razon es la siguiente: En el órden del pensamiento, la Iglesia sola está en posesion de lo absoluto; y en el órden de las acciones, ella sola está en posesion de la caridad».

«La sociedad no perece por otra cosa, sino porque ha retirado á la Iglesia su palabra, que es palabra de vida. Todo propósito de salvacion será estéril, sino es restaurada en su plenitud la gran palabra católica».

«Sólo en el Catolicismo está la verdad, fuera de él no hay sino errores, apariencias y fantasmas de verdad; el más importante servicio que puede hacerse á los hombres, es tratar de confirmarlos y restituirlos á las vias católicas»⁽¹⁾.

Es la mayor de las tiranías la que quieren ejercer en esta época algunos estadistas que se creen movidos del espíritu de libertad. La verdad procede de Dios, la razon la descubre, la Iglesia la defiende con autoridad divina; ¿con qué derecho pues el Estado impondría sus establecimientos de enseñanza, muchas veces racionalista é impía, sus cátedras, sus profesores, y privaría á la Iglesia del derecho de enseñar la verdad á las gentes segun la mision que recibiera de lo alto? Tiranía como ésta no la ejerció ni el sangriento Neron, ni el licencioso Domiciano. Está gloria estaba reservada á Mahoma, sucesor en ésto del apóstata Juliano, cuyos fieles discípulos son los patrocinadores del indicado monopolio. Subleva el ánimo el solo pensar que una reunion de hombres, que aislados pueden valer tanto como otro cualquier miembro de la sociedad, abusando de su autoridad, quieran despojar al católico de la noble prerogativa de estudiar la verdad segun la fe que profesa, imponiendo á sus subordinados una doctrina, para la cual no ha recibido mision. El hombre, Señores, es libre, libre en todo lo que Dios quiso que lo fuera. Solo Dios, marcándole el verdadero objeto de sus acciones, pudo poner trabas á su libertad. Ningun hombre puede penetrar en ese recóndito santuario, por grande que se le suponga; y si la Iglesia franquea sus puertas, es como la antorcha que ilumina, como el sagrado fuego, en que inmola el hombre á Dios el sacrificio razonable de su voluntad.

Acusan los racionalistas de servidumbre á los católicos, y no saben, ó no quieren entender, que ni al mismo Sumo Pontífice ni á todos los sacerdotes y obispos del mundo reunidos obedecería el cristiano, si en ellos no escuchara la voz de Dios.. La obediencia no es esclavitud; es un homenaje del inferior al superior; que no se rebaja, antes se engrandece el buen hijo que sigue los consejos de su padre. Esclavitud es, y la mayor de las esclavitudes, que el hombre sea juguete de sus propias pasiones, ora postrándose ante el becerro de oro, ora quemando el incienso de la adulacion y la lisonja, ora ofreciendo sacrificios en las aras de la impúdica Astarte. Ley es de la providencia para confusion del hombre, que quien infringe sus mandatos, halle el condigno castigo en las consecuencias de su propio pecado. Los que pretendieron emanciparse de Dios, ensalzando enfáticamente los derechos de su libertad, se han visto esclavizados por la libertad misma; pues no tiene el hombre mayor enemigo que á sí mismo, cuando temerario abandona los caminos del Señor. En la época en que se habla más de ilustracion, es cuando más pululan los grandes errores; y cuando más se blasona de libertad, es cuando se observan las más abyectas servidumbres; y cuando más se habla de filantropía y humanitarismo, es cuando se realizan las más espantosas injusticias, y las más violentas absorciones de la clase propietaria sobre la obrera⁽²⁾.

⁽¹⁾ VALDEGAMAS. Corresp. con Guizot y con S. M. Cristina.

⁽²⁾ Examinando el origen del sistema corruptor, que estamos combatiendo, lo encontramos en las

Remedio á todos esos males pondría á no dudarlo, un sistema de enseñanza que excluyendo el monopolio centralizador, estuviese animado de un criterio de libertad segun el espíritu de la Iglesia. El respeto á los derechos de la familia, la obediencia á las prescripciones del Catolicismo, y la libre accion de éste en la educacion de los pueblos, combinados con la autoridad, que sin género alguno de duda corresponde á los gobernantes en ese punto, serían la base del sistema mencionado.

La historia nos ofrece numerosos ejemplos de la armonía, que en la enseñanza deben buscar los estadistas. Unas universidades aparecen fundadas por los reyes, otras por los Pontífices y los Obispos, y otras son debidas á la iniciativa individual. Cuando el Papa las erigía, el rey les añadía el esplendor de su autoridad. Cuando el rey procedía á su fundacion, el Pontífice gravaba en ellas el sello de su potestad augusta; y cuando nacían á impulsos de una corporacion ó de un individuo, la majestad real y pontificia en fraternal consorcio les daba estabilidad y firmeza ante los pueblos. Los anales de Europa nos demuestran esta verdad de una manera incontestable. Entonces no se temia que la Iglesia usurpara y absorbiese los poderes del Estado, asi como ni ella nada recelaba de éste, porque la concordia de ambas potestades era sincera y fraternal. Entonces la Iglesia no era insidiosamente acusada de fautora de la ignorancia y amiga de la servidumbre, porque todo el mundo doblaba la rodilla ante la revelacion, y se sabía que en todas las demas cuestiones el Catolicismo profesa la mas ámplia libertad, que desear puedan los espíritus mas altivos y orgullosos.

Por eso es de necesidad, que volviendo la enseñanza á sus antiguos cauces, sin desdeñar, antes fomentando generosamente el espíritu de indagacion, que se ha desarrollado en la época moderna, toda sólida instruccion arranque como de su legítimo principio del estudio profundo de las ciencias filosóficas, verdadero arsenal de las grandes verdades políticas y sociales, que robusteciendo los principios de buen gobierno, dan al Estado la

teorías del moderno panteismo, que hace del Estado la reunion de lo mas perfecto de las voluntades, y de las inteligencias de los individuos asociados. Segun esta doctrina, el Estado viene á ser la mayor fuerza social, moral, intelectual y física; y por consiguiente la única dominadora, la única ley de la sociedad. De ahí su autonomía absoluta, porque siendo la razon y la libertad humana una parte de la sustancia divina el Estado que conduce todas las voluntades, viene á ser una especie de Dios subalterno, al cual ninguna autoridad finita puede oponer resistencia. La religion queda relegada al templo, como en los tiempos del paganismo, y ninguna accion le compete en lo relativo al Estado, que es en rigor el supremo Sacerdote, asi como es el supremo Legislador. No nos detenemos á refutar esta teoría, porque el fundamento en que se apoya es evidentemente erróneo, y convierte la libertad del hombre en instrumento inconsciente del Estado. «Esta política, despues de haber alejado á Dios y á la Iglesia de toda relacion civil y humana, pretende tambien, en lo que atañe á la beneficencia, restablecer la absorcion pagana de todas las individuales particulares, en la ficticia personalidad del Estado. El ciudadano en cuerpo y alma pertenece al Estado. De él recibe todos sus derechos, y á él como á su último fin debe referir todos sus deberes. El Estado es dueño absoluto de su vida y de ella dispone mediante las quintas. El Estado es dueño absoluto de sus bienes, y dispone de ellos mediante los impuestos. El Estado es dueño absoluto de su inteligencia y de su moral, y dispone de ellas mediante el monopolio gubernativo de la instruccion y de la educacion. El Estado es dueño absoluto de su religion, y de ella dispone mediante el *Exequatur*, los *Recursos de fuerza* y la vigilancia política sobre el Clero. El Estado es dueño absoluto por consiguiente de su caridad hacia el prójimo, y por eso somete á sí el ejercicio de ella, y manda que se sujeten á su administracion todo legado ó institucion piadosa que los ciudadanos quieran hacer en este sentido». — LIBERATORE. *La Iglesia y el Estado*.

imprescindible estabilidad para labrar la felicidad pública. El cultivo de las ciencias abstractas es tan necesario en una sociedad, como en un ejército la buena dirección de un general entendido.

Las ciencias físicas, exactas y naturales, cuando les falta el aliento de la sana filosofía, son miembros dispersos en el ramo de enseñanza, faltos de verdadera vida en orden á las sociedades. Su desarrollo desproporcionado producirá beneficios en la cultura puramente exterior y material de los pueblos; pero nunca nutrirá al corazón ni robustecerá la inteligencia, que encuentran su natural alimento en las grandes verdades, que trascendiendo todas las vicisitudes de la vida humana, hacen marchar las sociedades con seguro paso á la consecución de sus destinos. «El Estudio de la naturaleza dá muerte al alma; el conocimiento del mundo oculta el de Dios; y la ciencia de la materia ahoga la del espíritu»⁽¹⁾.

El desarrollo de la instrucción debe estar sometido á esas leyes, que dimanen de la misma naturaleza; primero la teología y filosofía con todas las ciencias á ellas subordinadas; después las ciencias exactas, físicas y naturales, con todas las aplicaciones que de ellas penden; porque Dios y el espíritu son antes que todo lo que está sujeto á la materia, y perece con ella; por más que la verdad sea siempre apreciablesísima en cualquier lugar que se encuentre, y ordena al hombre á conocer más á Dios, principio de toda verdad en el orden natural y revelado⁽²⁾.

Y si en los dominios de la ciencia la Iglesia ha derramado torrentes de luz purísima, germen de la más grandiosa civilización, en el hermoso campo de las artes aparece como un

⁽¹⁾ P. FELIX.

⁽²⁾ «Bajo el pretexto de preparar con tiempo á la juventud para las ocupaciones de la edad madura, la enseñanza no tiene otro objeto que suministrar los conocimientos que conducen por un camino rápido y seguro á ocupar una posición en el mundo. De aquí proviene que se dé en los estudios la mayor importancia á las ciencias naturales, por las que reina el hombre sobre la materia, y de las que se sirve para satisfacer sus necesidades corporales y proporcionarse riquezas. La mayor parte elimina del catálogo de sus estudios toda ciencia que no sirva directa ó indirectamente para los intereses materiales, y son muy raros los que la cultivan. La tendencia exclusivamente utilitaria y realista de nuestro siglo, ahoga en las almas toda aspiración elevada y verdaderamente humana. La afición á los estudios metafísicos ha desaparecido, y no se sabe lo que es meditar sobre la esencia y el fin de las cosas, ó por mejor decirlo, se ha perdido hasta el sentido y la inteligencia de la palabra filosofía.

Esta tendencia exclusiva y esta dirección general de los espíritus, tienen consecuencias necesarias que no es posible disimular. «Es una cosa indudable, dice un distinguido naturalista* que las ciencias naturales no podrán jamás constituir la base de la verdadera cultura intelectual, ni responder á todas las aspiraciones del corazón y del espíritu; y en donde quiera que se las constituya como el fundamento único ó principal, á lo menos, de la educación no se formará más que una generación fría, vana, sin espíritu y sin corazón, en la cual languidecerán las más nobles facultades del hombre. Un materialismo grosero, una estúpida adoración del becerro de oro, tal es la consecuencia inevitable de este culto de la naturaleza. Ya se divisan hoy los principios de un fetiquismo degradante y se muestran bajo dos distintas direcciones, en la ciencia y en la vida, la apoteosis de la materia y el afán insaciable de riquezas y placeres». Todo aquel que se habitúa á no tener por real y por verdadero más que lo que se mide, cuenta y pesa, de hecho y en principio se afilia á la bandera del materialismo.» — HETTINGER. *Apología del cristianismo*.

(*) RODOLFO WAGNER.

sol alumbrando los espacios, como un gigante subyugando á las gentes. Son las artes corona y perfeccionamiento de la instruccion superior, belleza y sublimacion del órden material, y como una cadena misteriosa que uniendo el corazon y la inteligencia, los levanta á Dios, primera verdad, y primera hermosura. Y como la Iglesia católica es verdad y es amor, la mas grande verdad, y el mas puro y acendrado amor, como que se llama Esposa del Espíritu Santo, estrecha en su seno, cual á sus amadas y predilectas hijas, las artes todas, influyendo en ellas los fecundos principios de inspiracion que en ella vertiera el Altísimo. El arte se alimenta de la belleza: la belleza tiene su tipo eterno en las moradas de la Divinidad, de donde todo espíritu animado por su soplo, la toma para gravarla ya en el mármol, ya en el lienzo, ó para modularla en el armonioso ritmo de los sonidos, ó en la expresion arrobadora de las ideas. Dante y Calderon, Rafael y Murillo, Miguel Angel y Herrera, en el silencio armonioso del santuario produjeron aquellas estupendas obras de arte, que vivirán, mientras la sociedad subsista, y son contempladas por los Angeles, como un reflejo de su grandeza. El Catolicismo tendió una mano amiga y protectora á esos grandes genios, los hizo brillar ante la Europa, é inmortalizó sus nombres en sus templos y en sus claustros, en sus archivos y bibliotecas, y sobre todo en el corazon agradecido de sus hijos.

Una sociedad en que no brillen las artes es como un precioso tesoro, cuyo valor se ignora; como una antorcha brillante oculta en un subterráneo; como un campo feraz, en cuyo suelo no ha penetrado la reja del agricultor. La ciencia vale mucho. La riqueza hace poderosas las naciones; pero si la ciencia carece de expresion, y no habla al sentimiento, influye poco en la cultura de los ciudadanos, incapaces en su mayoría de comprender sus profundas lecciones; y la riqueza que no fomenta el embellecimiento de la sociedad y no suaviza las costumbres, se convierte en gérmen de inmoralidad y de tiranía. La poesía y la elocuencia dan vigor y complemento á la instruccion científica, y extienden sus frutos en las costumbres. La música hace amar al hombre los honestos y puros placeres de la armonía; y las artes plásticas enseñan al hombre el modo de utilizar los recursos materiales, haciéndoles rendir vasallaje al corazon y á la inteligencia. La historia nos presenta en sus anales la confirmacion de estas afirmaciones.

El cultivo de las artes arrulló los principios de toda sociedad, y ha sido siempre una muestra inequívoca del grado de su cultura. Antes que Sócrates filosofara, Homero habia pulsado la lira; ántes que Zoroastro diera á los persas su código, los sacerdotes les habian enseñado en sus cánticos sagrados las máximas de su culto y de su moral; y antes que los pueblos slavos formasen verdaderas sociedades, sus bardos armoniosos recordándoles las tradiciones de sus padres, pusieron el gérmen de su futura civilizacion. Y en Egipto y en la Asiria, y en las repúblicas de Grecia y en la ciudad de Quirino, y en los antiguos celtas y en el pueblo hebreo, nos presentan los anticuarios ejemplos elocuentes de que en todas esas sociedades, se cultivaban las artes todas con mayor ó menor perfeccion.

De ahí que los Estados deban mirar con atencion preferente el fomento de las artes, sin las cuales jamás conseguirán completa cultura y prestigio ante las demas naciones. Italia dominó á Europa por sus célebres artistas en los siglos quince y diez y seis. España logró igual ventaja en el siglo diez y siete con sus célebres dramáticos y pintores. Y en este siglo, Francia

por desgracia ha inundado el mundo con su muelle literatura, conquistando de esta manera un lugar tristemente célebre en las naciones modernas con gran daño de las costumbres.

El hombre se conquista más por medios morales, que por la fuerza material, y cuando los medios morales se sensibilizan de cualquier manera, ejercen sobre su ánimo un atractivo insuperable. Tal sucede con las bellas artes. Muchas veces, lo que no consigue un erudito y concienzudo discurso, lo alcanza una inspirada melodía. Lo que no produce una larga série de persuasiones, lo logra la inspeccion de una hermosa pintura; y en esta forma el hombre que tiene propension vehemente á todo lo material, muchas veces con menoscabo de su alma, encuentra, llevado de esa misma inclinacion, en los símbolos materiales, ropaje de las artes, el remedio de sus desvaríos. De ahí que las artes sean un eficaz elemento de progreso y de civilizacion, porque engendran en el hombre de una manera mas ó menos directa la perfeccion moral é intelectual. Todo hombre recibe con el corazon y la inteligencia los principios del arte, porque conoce y ama naturalmente la belleza, y á su mas adecuada y fácil expresion están ordenadas las artes todas. Y como el hombre es un conjunto armónico, la cultura intelectual favorece á la artística; y ambas combinadas dirigen y perfeccionan los intereses materiales, tercer elemento del progreso social.

Mas para llenar cumplidamente su objeto, y producir esos resultados tan provechosos á las sociedades, es necesario que el arte se inspire en la fe, que alumbra los horizontes del infinito; en la esperanza que dirige á la eterna belleza las aspiraciones de la criatura; en la caridad que uniéndola con el Espíritu del amor, la mueve á contemplar y admirar en todas las cosas la infinita bondad del Criador. «Las generaciones que no creen, ha dicho Severo Catalina⁽¹⁾, no esperan; las generaciones que no creen ni esperan, no aman; y sin amor y sin esperanza y sin fe, no hay concepciones sublimes, no hay vuelos de la imaginacion, no hay arte. Las artes solamente llegan á su mayor grado de lozanía y vigor, cuando son fecundadas por aquel rio de paz, y aquel torrente de gloria, que Dios prometió á su pueblo por boca de Isaías». Si para las indagaciones de la inteligencia es necesaria la virtud, para las producciones artísticas puede decirse que no solo es necesaria, sino que es el aliento y la vida de las mismas. Las artes deben retratar la belleza en su expresion más pura, en el mayor grado posible de delicadeza; y sin el amor á todo lo honesto y santo, no puede darse ese grado de pureza, porque de un corazon manchado y de una voluntad sometida á los placeres terrenos, no puede brotar la belleza inmaculada, y la expresion que levanta los corazones á la santidad infinita.

«El objeto inmediato del arte es expresar lo bello. Lo que necesita ante todo el artista es, con el talento que conoce la verdad, un amor sincero de la verdadera belleza. Más para que el amor se apasione sinceramente de la verdadera belleza y sobre todo de la belleza soberana, que no es otra que Dios, preciso es que sea un amor legítimo, un amor bien ordenado; preciso es que sea virtuoso, la misma virtud.

Cuando la corrupcion de las costumbres llega á violar las leyes eternas del bien en el órden moral las corrupciones del gusto logran pronto violar, en el órden artístico, las leyes

⁽¹⁾ La Verdad del Progreso, cap. 12.

inviolables de lo bello. Entonces todo cuanto acaba con las virtudes, acaba tambien con la perfeccion de las obras. Los vicios de que se hallan atacadas las almas dejan en la literatura, la pintura, la escultura, la música y la poesía, vestigios de corrupcion que eclipsan hasta en las producciones del talento el brillo esplendente y puro de la belleza»⁽¹⁾.

Ahora resumiendo diremos: que el progreso en la instruccion consiste en que todos los ciudadanos tengan perfecto conocimiento de las grandes verdades religiosas, políticas y sociales, y posean en el mayor número posible la llamada instruccion primaria. Que los establecimientos de enseñanza franquéen sus puertas á todas las fortunas y á todos los talentos, facilitando á los más pobres la enseñanza superior, y poniendo trabas á los ménos idóneos. Que se amplie en el mayor grado posible el estudio en todas y en cada una de las ciencias, estimulando los ingenios y dándoles ocasion de manifestar sus alcances. Que el cultivo de las artes encuentre proteccion y aprecio incondicional en la sociedad, y se inspire en las grandes fuentes de la belleza cristiana. Que el error encuentre obstáculos humanamente insuperables a su propagacion, de manera que nunca turbe el pacífico y salvador reinado de la verdad. En una palabra: que la verdad ilumine, que la verdad purifique, que la verdad salve y perfeccione en todos sus ramos á la sociedad, ostentándose siempre como la antorcha esplendorosa, emanada del cielo para salud de las naciones.

III

EN ninguna cuestion ha desbarrado tanto la filosofía contemporánea, como en la apreciacion de la importancia del progreso material, en órden á la civilización de los pueblos. No parece sino que en este punto se han dado cita todas las escuelas, para desviar de su verdadero y legítimo cauce á las sociedades, aglomerando calumniosas acusaciones contra la Iglesia católica, y sosteniendo con una serenidad pasmosa las doctrinas mas anárquicas y disolventes. Las nebulosidades del panteísmo; las perniciosas doctrinas de Locke y Condillac, las vacilantes enseñanzas del Eclecticismo francés, y los sueños de Leroux y Allam-Kardec han venido á depositar las heces de sus errores en este abismo sin fondo, que se llama progreso material de las sociedades. Los panteístas identificando la materia con Dios, han hecho cifrar á la sociedad el ideal de su dicha, perfeccionamiento y bienestar en la mayor copia de riquezas. Benthán con su utilitarismo, ha roto las vallas de todo derecho, cegando el corazón y la inteligencia. Saint-Simon y Fourier declamando contra la preponderancia de los ricos, han paralizado la mano del obrero, sublevando sus instintos brutales. Y por último, el consecuente Proudhon, declarando que Dios es un sér maléfico, los reyes unos tiranos, la autoridad una usurpacion, y el mejor gobierno la anarquía, ha lanzado en medio de las orgías y placeres de las clases acomodadas el pavoroso grito, de que la propiedad es un robo».

Consecuencia lógica del desprecio de las enseñanzas de la Iglesia es ese cúmulo de aberraciones, que amenazan destruir la sociedad y la familia. Los reyes desoyeron los consejos del supremo Pastor; y ahora se acercan á su trono turbas desalmadas que les recuerdan

⁽¹⁾ P. FELIX.

que el que no obedece, no merece ser obedecido. Los ricos desdénaron los preceptos del Evangelio, que les ordena socorrer al desgraciado; y las teas y el petroleo, que brillan con resplandor siniestro en sus palacios, vienen á destruir la riqueza con mano avara adquirida. Se ha enseñado al pueblo á despreciar á Dios, y ese desprecio llega hoy al mismo hombre. Se le han cerrado las fuentes del amor y de la caridad cristiana, y el ódio y la destruccion campean libremente por el mundo. Se le ha dicho que nada tiene que temer ni esperar detrás del sepulcro, y él se abalanza feroz á conquistarse los placeres de que se ve privado, y de que se supone injustamente desposeído.

A tres creemos pueden reducirse los principales errores, que en los dominios de la Economía han causado tanta extravagancia, y tan subversivas tendencias: la falsa idea del trabajo, et torcido concepto del capital, y la apreciacion inexacta del aumento de poblacion. En este campo tenemos que luchar con los más afamados economistas, que resumiendo en sus teorías la concepcion del filosofismo anticristiano, se proponen aumentar la riqueza pública, prescindiendo por completo de las enseñanzas del Catolicismo. Smith y sus discípulos consideran el trabajo únicamante como un medio material, como un hecho que produce riqueza, y como el camino para llegar á la mayor felicidad posible en el órden material, que es el fin que se proponen. Considerando el trabajo de esta manera, el obrero se equipara á un terreno, ó si quereis, á un animal de renta, y cuando más, á una máquina eminentemente productora. El hombre vale tanto, como trabaja. Cuando no trabaja carece de todo valor; porque para esa economía materialista, el hombre no tiene alma, y no trasciende los umbrales del sepulcro.⁽¹⁾

De todas las clases sociales la más numerosa es por necesidad la trabajadora, que con el sudor de su rostro se busca los medios de subsistir convenientemente. El trabajo corporal ocupa á la mayor parte de los ciudadanos, porque las obras de la inteligencia, las carreras profesionales, y la vida pasada en el silencio y el recogimiento cristiano, son siempre privilegio de reducido número de individuos, que representan y condensan en sí mismos la vida intelectual de las sociedades. La ejecucion por el contrario de las obras exteriores es de un radio tan extenso, que absorbe las fuerzas de muchas personas, y las tiene como obligadas toda su vida al servicio de esas funciones materiales tan necesarias para la sociedad. Ley es esta de que ningun Estado puede prescindir, si quiere conservar el verdadero equilibrio social. ¡Cuantos brazos no se necesitan para producir alimentos, vestidos, y demás cosas necesarias para la vida! La realizacion del plano de un solo arquitecto exige multitud de obreros; la confeccion de un solo vestido supone el trabajo del agricultor que proveyó de pastos al animal, cuya piel se utiliza, y del cosechero que preparó la lana, y del industrial que la presentó en tejidos; y así de todos los demás proyectos de la inteligencia. El trabajo en cualquier sociedad exige por su naturaleza diversidad de operarios, y diversidad de oficios, de tal manera establecidos, que á ningun miembro útil de la sociedad falten los medios naturales

⁽¹⁾ «Adam Smith es el jefe de esa escuela semi-materialista de Economía política, que sólo vé en el hombre un capital: y un productor de riquezas; escuela, cuyos principios desecantes y cuyas doctrinas egoistas tienden á hacer más desgraciada la suerte de los pobres, en vez de aliviar su infortunio; escuela en la cual para nada entran la religion y la moral.»—P. ZEFERINO GONZALEZ.

de buscarse los recursos de una subsistencia decorosa, proporcionada á las necesidades de cada individuo.

«El trabajo no es sólo la pena del pecado: es ademas condicion de la vida, ley de la caridad, prenda del hombre honrado, virtud cristiana y social; la imposibilidad del trabajo es una desgracia; la caridad manda socorrerla, la religion ampara al que padece sus rigores, la limosna enjuga las lágrimas del que sufre sus consecuencias»⁽¹⁾. El trabajo en consecuencia, primeramente es moral, porque responde al cumplimiento del deber, por parte de los individuos y de las sociedades; y es además moral, porque debe ordenarse al perfeccionamiento del espíritu, obligacion suprema impuesta al hombre por su Hacedor. Para un Estado ningun oficio, ninguna profesion debe ser indiferente; de tal manera, que el objeto de sus aspiraciones debe ser, no tanto el aumentar la riqueza pública, cuanto atender á que ninguno de sus súbditos se vea privado de la ocupacion que le produzca lo necesario para la vida: y en caso de que le falte, encuentre en la sociedad los medios de atender á sus necesidades materiales. Ese es uno de los principales errores de los economistas, aspirar al mayor cúmulo de riquezas, prescindiendo de que esta riqueza se halla convenientemente distribuida, y se apoye en el bienestar relativo de todos los ciudadanos.

«Deber es de todo gobernante proveer á sus súbditos de todo lo necesario para la vida; y una vez conseguido, velar por su conservacion», dice Sto. Tomás de Aquino⁽²⁾, marcando el verdadero principio de la economía política, y mostrando á los gobernantes el principal fin que deben proponerse en orden al progreso material de los Estados.

Los economistas modernos mirando con indiferencia la felicidad de la clase obrera, pretenden que debe favorecerse principalmente aquella clase de industrias que más contribuyan al aumento de la riqueza de los Estados; y de ahí que desdeñando la agricultura y las pequeñas industrias que proporcionan subsistencias á la mayor parte del pueblo, aconsejen la ereccion de grandes establecimientos fabriles, que dando pábulo al comercio, favorecen la circulacion de capitales, y atraen á una nacion las riquezas de otros paises. Esta teoría, no dudamos que contribuya poderosamente al aumento de la riqueza pública; pero tambien sabemos que abre la puerta á la degradacion de los caracteres, á la corrupcion de las costumbres, y al terrible problema del pauperismo, fantasma amenazador que levanta su cabeza en todas las ciudades regidas por las máximas de los discípulos de Smith.

Visitad sinó los grandes centros industriales y fabriles, y allí vereis con el ánimo acongojado los deplorables resultados de esas teorías sin entrañas. Niños de corta edad

⁽¹⁾ B. COMIN.

⁽²⁾ *De Regim. Princ. lib. 1.º cap. 15.*—A los entusiastas del moderno progreso, que juzgan propiedad exclusiva de los novísimos estadistas las teorías que tienden á mejorar la cultura material de las sociedades, les encomendamos la lectura de los primeros capítulos del libro 2.º de esta gran obra, y allí verán cómo en los tiempos oscurantistas de la Edad media habla quienes se ocupaban de la salubridad de las poblaciones, del establecimiento de jardines, del mejoramiento de los campos, de la circulacion de la moneda, de la abundancia de víveres, del sistema de pesas y medidas, de la seguridad de los caminos, y de otras muchas cosas de que hoy se alardea tanto como invenciones del genio del presente siglo.

ingresan en esos establecimientos, como un pedazo de primera materia, como un objeto, que ni sabe, ni puede comprender, á donde le llevan. Allí crecen y se hacen hombres, sin otro porvenir que la miseria de sus padres, y la esclavitud paliada á que se encuentran sometidos. Allí se convierten en máquinas, ó mejor dicho, en parte accesoria de las máquinas, que mueven con sus piés ó con sus manos. Allí conocen y aman á la infeliz, que ha de compartir su pobreza; si es que no la hacen compañera de sus groseras pasiones, y de sus mal refrenados instintos. Allí contraen penosas enfermedades que aceleran una vejez que se les hace insoportable, porque les falta la resignacion cristiana. Allí ven con angustia, como sus hijos pierden la juventud y la esperanza de mejorar de suerte; y de allí salen por fin, para morir de hambre, si el hospital católico, ó la casa de beneficencia pública no le abre sus puertas y le asiste en sus últimos dias, fortaleciendo su espíritu abatido y casi muerto á la vida de las almas, con las grandes verdades y purísimos consuelos de la religion del Crucificado.

Esta pintura no adolece, Señores, de exageracion, ántes al contrario, es una leve sombra de la realidad. Esos grandes centros industriales son por lo comun, focos de corrupcion, en que sueltas las pasiones, el obrero mancha su vida con los más degradantes excesos, vegeta en la ignorancia, esteriliza el corazon y estingue en él hasta el más débil sentimiento de la dignidad humana. Como no ha recibido la educacion religiosa, ni siquiera en sus primeros rudimentos, se acostumbra á no conocer otra cosa digna de aprecio, que la riqueza, que está continuamente hiriendo sus ojos y devorando sus deseos, y que sin embargo, nunca puede conseguir. De ahí, esas frecuentes y pavorosas huelgas, que ponen en convulsion á ciudades populosas, porque la clase obrera viendo la imposibilidad de satisfacer su codicia, se convierte en ciego instrumento de los apóstoles del socialismo, que encuentran en ellos la materia mejor dispuesta para la realizacion de sus planes funestos.

Bajo la influencia maléfica de esta escuela economista, cuyos discípulos cunden por toda Europa, ha surgido en los tiempos modernos una aristocracia avasalladora, orgullosa y exigente: la enfática aristocracia del dinero, que todo lo domina, y todo lo piensa conseguir con un pedazo de oro. Esa aristocracia, Señores, no ha arrullado su nacimiento en el Catolicismo. Es hermana legítima de las sociedades paganas, y tiene sus gloriosos progenitores en el orgulloso Sardanápalo y en el sibarita Eliogábalo. Esa aristocracia se hallaría como en su centro, en aquellas edades, en que el hombre hacia esclavo á su hermano, y le arrojaba con desprecio el pedazo de pan, que adormecía sus penas, preparándole para el sangriento festin, que le servia de espectáculo en las arenas del circo, ó en las aguas de un vivero. Porque esa aristocracia, Señores, no entiende de caridad, no sabe qué es abnegacion, no ha experimentado los sufrimientos de la miseria; y orgullosa con su felicidad, sueña que todos deben convertirse en adoradores de su riqueza.

Pero el Cristianismo, que ha santificado el trabajo, declarándole ley universal de la humanidad caída, se dirige por contrario rumbo al fin anhelado por todos los economistas. Él ama tambien la prosperidad material de los pueblos, desea que abunden los centros de riqueza; pero quiere que esa riqueza se halle convenientemente distribuida sin menoscabo de la justicia, entre todos los individuos de la sociedad, y que sirva de auxiliar á la perfeccion moral ó intelectual de los mismos. «Es un absurdo suponer, dice el eximio Donoso, que la

Iglesia detenga ó mire con desvío la libre expansion de la riqueza pública, y la buena solucion de las cuestiones económicas, y el crecimiento de los intereses materiales; porque si bien es cierto, que la religion no se propone hacer á los pueblos potentes, sino dichosos, ni hacer á los hombres ricos sino santos, no lo és menos que una de sus nobles y grandes enseñanzas consiste en haber revelado al hombre su encargo providencial de trasformar la naturaleza toda y de ponerla á su servicio por medio del trabajo. Lo que la Iglesia busca, es cierto equilibrio entre los intereses materiales y los morales y religiosos. Lo que en este equilibrio busca es que cada cosa esté en su lugar, y que haya lugar para todas las cosas. Lo que busca por último és, que el primer lugar sea ocupado por los intereses morales y religiosos, y que los materiales vengán despues. Y esto no sólo porque asi lo exigen las nociones mas elementales del órden, sino tambien porque la razon nos dice y la historia nos enseña que esa preponderancia, condicion necesaria de aquel equilibrio, es la única que puede conjurar, y que conjura ciertamente las grandes catástrofes, prontas siempre á surgir allí donde la preponderancia ó crecimiento esclusivo de los intereses materiales pone en fermentacion las grandes concupiscencias»⁽¹⁾.

El desarrollo exagerado de la riqueza material trae como por la mano el imperio del lujo, acariciado por los economistas, y el desenfreno de los apetitos sensuales, foco generador de la disolucion social y de la desventura pública. Como al rico le sobra el dinero, y la sociedad le brinda con multitud de placeres, fabricase soberbios alcázares, cubre sus paredes de plata y oro; vístese de Holanda y pedrería; y para que nada turbe su felicidad, rodéase de numeroso cortejo de aduladores, y busca en el amor impuro el complemento de una dicha, que no pueden proporcionarle los sagrados vínculos del matrimonio y las delicias del cariño filial. El fausto de un potentado es seguido por otros de igual clase, que tienen á gala ostentar mayor opulencia y una esplendidez más deslumbradora. Así el ejemplo de los ricos se va extendiendo á la clase media, de esta cunde á las más ínfimas del pueblo; y como el sostenimiento de ese boato ocasiona grandes dispendios, á que no puede atender su escasa fortuna, se abre ancha puerta á la usura, se acude á medios reprobados, y cuando no se logra lo que se desea, levanta su cabeza con aire amenazador la envidia de los pobres á los ricos, y de ahí los latrocinios y otros crímenes, que trastornan hasta en sus cimientos el órden moral de las sociedades. Cuanto más abunda la riqueza, más aumentan las necesidades privadas: estas acaban por último de disgustar al hombre, y abren paso á otras nuevas; y así en un círculo, cuyos límites no se alcanzan, va el hombre labrando su tormento; porque no puede llegar á satisfacer sus deseos, cada dia crecientes, y los caprichos que se multiplican al arbitrio de la moda, monstruoso Proteo, que continuamente varía de formas, y absorbe en su movimiento vertiginoso las más cuantiosas fortunas.

¡Cuánto bien reportaria la sociedad civil, si, siguiendo las instrucciones de Jesucristo, aprendiese á tratar al obrero, como á un hermano; al mendigo, como á un hijo de Dios, y tomase el trabajo, no precisamente como un medio de aumentar los intereses materiales, sino como una honrosa necesidad impuesta por la Providencia, como un gérmen de civilizacion y cultura, como un principio sostenedor de la paz y prosperidad pública! El trabajo es una virtud, no es una degradacion. Es hijo del espíritu de libertad, no compañero

⁽¹⁾ Carta al Emmo. Cardenal Fornari.

de la servidumbre. El obrero cristiano sabe, que si él está obligado á ganarse el sustento con el sudor de su rostro, la misma ley pesa sobre el rico, y acaso con mayor cúmulo de inquietudes y sinsabores, que por fortuna se ignoran en el modesto hogar de su familia. La sencillez de las costumbres, la vida desahogada y decorosa, la mútua concordia de los ciudadanos basada en la humildad y la caridad cristiana son los dulces frutos del trabajo que predica la Iglesia católica. Por eso ha establecido los dias de tiesta para que así como el cuerpo trabaja, el espíritu tenga tambien su dia dedicado al recuerdo de las grandes verdades, y á las dulces alegrías de un honesto pasatiempo.

«El hombre no vive sólo de pan. Mucho más ha menester del alimento del alma, de la oracion á Dios, del recuerdo de sus beneficios, del pensamiento de la vida futura y del cumplimiento de sus propios deberes⁽¹⁾. Al operario, más que el bienestar material le hace falta la tranquilidad de espíritu, más que la comodidad externa necesita sentir su dignidad interna, á lo que grandemente ayuda el reposo de los dias de fiesta, aplicado á las cosas de Dios y del alma, cuyo efecto seguro es una alegría espiritual que inunda suavemente el corazon del hombre piadoso. El dia festivo suprimiendo toda desigualdad social hace á todos los hombres iguales ante Dios. El rompe al ménos temporalmente toda sujecion material de hombre á hombre, y recuerda de un modo práctico que todos somos hijos de un mismo Padre que está en los cielos, todos rescatados por una misma redencion, todos destinados á poseer una misma herencia»⁽²⁾.

Contra el establecimiento de los dias festivos, se opone vanamente que con ellos se disminuye el capital, porque falta el trabajo, que lo produce. ¡La cuestion magna del capital, la más trascendental de la economía política, origen de todos los errores, que la han hecho odiosa á la filosofía cristiana! ¿Qué es el capital? Capital, nos dicen, es toda cosa que produce riqueza, de tal manera que no es solamente capital una finca rústica, ó urbana, ó un rebaño, segun creían los antiguos, sino que tambien lo es la moneda, cualquier título que la represente, la industria, y hasta la opinion de los hombres. Estas afirmaciones que segun los principios de la Economía cristiana tienen un significado eminentemente provechoso para las sociedades, segun las teorías de Smith y demás jefes de la Economía racionalista, se convierten en panegérico de esa filosofía rastrera, que no ve en el hombre mas que un pedazo de materia organizada.

De esta aseveracion resulta que no existe la usura, porque el numerario es de un valor indefinible, y necesariamente arbitrario segun lo exigen las fluctuaciones del comercio y de la industria y hasta las condiciones particulares del prestamista⁽³⁾. De ahí resulta que

⁽¹⁾ Inest homini naturalis inclinatio ad hoc, quod cuilibet rei necessariae deputetur aliquod tempus; sicut corporali refectio, somno et aliis hujusmodi. Unde etiam spiritali refectio, qua mens hominis in Deo reficitur, secundum dictamen naturalis rationis aliquod tempus deputat homo: et sic habere aliquod tempus deputatum ad vacandum divinis, cadit sub præcepto morali.—S. THOM. *Summa Th.* 2^a 2.æ quest. 122, art. 4.º

⁽²⁾ LIBERATORE, lug. cit.

⁽³⁾ Sobre este particular puede leerse con provecho el art. 4.º del cap. 4.º del lib. 4.º del *Derecho Natural* de Taparelli, donde se examinan y rebaten con gran energia de raciocinio las teorías de los economistas á que nos referimos en el texto.

la limosna, dada á un desgraciado, que no puede ser útil á la sociedad, es un valor perdido, atentatorio á la riqueza pública. De ahí resulta que la inteligencia, la fantasía y el corazon son tambien un capital, á semejanza de una mina ó de un campo, cuando de ellos, por el valor de los libros, que producen los hombres sabios, y por la afluencia de extranjeros se aumenta la riqueza material de la sociedad en que viven. Sólo bajo este concepto son apreciables los servicios de los hombres de talento, porque para la economía moderna el único fin de las sociedades se cifra en el acrecentamiento del capital, siendo para ella completamente indiferente, que se sostengan unas ú otras opiniones, y hasta las doctrinas mas subversivas, con tal que aumenten la importancia de la nacion. Á esta misma ley están sometidos los intereses morales y religiosos, mirados con gran indeferencia por los exagerados partidarios de Smith y Sismonde. Por eso predicán que deben aumentarse indefinidamente los establecimientos fabriles é industriales, romperse todas las trabas al comercio y al libre cambio, y abrirse por doquiera establecimientos de crédito, que dicen es la gran palanca de la riqueza pública.

No cabe duda de que la industria, el comercio y el crédito sólidamente establecidos y estrechamente combinados son los tres grandes motores del capital, así como el capital los fomenta haciendo refluir sobre sí mismo los valores que producen. La industria presta al comercio los objetos del tráfico en todas y cada una de sus divisiones, desde los pequeños cambios que se verifican en la más insignificante aldea hasta las complicadas negociaciones que se realizan en los grandes centros mercantiles. El comercio á su vez da alas á la industria, importando las primeras materias de otros países, y haciendo participantes á las naciones de los productos de todas las demás. Y el crédito estrechando á ambos y como dominándolos, hace fecundos los más pequeños capitales y, sostenido por la honradez y lealtad cívicas, mantiene el numerario en continúa circulation para beneficio de todos.

Pero estas tres fuentes de riqueza en manos de los economistas se convierten no pocas veces por la fuerza misma de las cosas en enemigos del bienestar general. La industria excesivamente fomentada tiende á reunir la riqueza de los Estados en unos cuantos individuos, que disponiendo de grandes capitales, pueden explotar los grandes establecimientos de esta clase en condiciones ventajosas; y de ahí dimana la pobreza y la miseria en la mayor parte de los pequeños industriales. La invencion de grandes y poderosas máquinas ha dado muerte á las antiguas más sencillas, y si se quiere ménos productoras, pero mas adaptadas al haber de la generalidad de los ciudadanos. El crédito, que crece á medida que aumenta el activo del comerciante, paraliza los pequeños capitales que no pueden hacer competencia á los más valiosos; y el comercio que cada dia va inventando nuevas necesidades, facilitando las comunicaciones entre los pueblos más remotos, á la vez que ha hecho más asequibles toda clase de artículos, ha reducido á la postracion los antiguos medios de trasporte, que por su sencillez y baratura estaban al alcance de los más modestos propietarios.

No ha de ser, Señores, el fin de la Economía política aumentar indefinidamente la riqueza de los Estados, sino la mayor felicidad posible en el órden material para el mayor número posible de los asociados. La teoría moderna adolece de una grande falta de Dialéctica, y es considerar al Estado como el único sugeto de la Economía política, y como el supremo ideal de su felicidad, la posesion del mayor número posible de capitales, cual sino existieran

otros bienes más nobles y más dignos de preferencia. Parece como un remedo del Ángel tentador, que brindaba á Jesucristo con el poderío del mundo y la satisfacción de todos los placeres, al cual rechazó el divino Maestro con esta profunda sentencia: «No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra, que procede de Dios». Apurado se vería el economista, á quien se preguntase, sino sentía otros deseos que los de la riqueza, á quien la voz elocuente de su inteligencia, y el grito generoso de su corazón le recordara la existencia de otros bienes, que hablan más íntimamente al alma, y llenan más cumplidamente sus aspiraciones.

Aún cuando los Estados deben procurar con todas sus fuerzas el desarrollo de la industria, no puede admitirse en principio, que deba ser indefinidamente fomentada, ya porque ella no es la fuente única de la riqueza, ya porque su aumento en una parte, acarrearía su muerte en otras, siendo limitadas las necesidades á que debe atender. En este punto, como en otros varios, se verifica manifestamente la ley de la naturaleza, de que el poderoso oprime al humilde, y el fuerte vence al débil, como el águila desgarrá al inocente cordero, y el tigre sanguinario al incauto cervatillo. La omnimoda libertad de comercio, que pudiera admitirse, como una medida transitoria, no puede aceptarse como un sistema fijo y perenne para el progreso de las sociedades, ya por la razón indicada, ya porque destruyendo el concepto de la patria, cuyos intereses deben protegerse sobre los de los países extraños, rompe los vínculos de la nacionalidad, prescinde de las diferencias de religión, y se apoya en un su puesto cosmopolitismo, irreconciliable con los sentimientos del individuo y con las leyes de la naturaleza.

¡Y cuántos desastres, cuántos fraudes ha causado el abuso del crédito! Quiebras fraudulentas, que ocasionaron la ruina de muchas familias se han realizado bajo el amparo de esa teoría perniciosa. Relegadas á la historia las máximas de que el comerciante honrado debe estar prevenido contra las contingencias de lo porvenir, siempre dispuesto á responder de la pureza de su tráfico, y arriesgar en caso extremo toda su fortuna y nunca la agena, se ha abierto ancho campo al mas escandaloso agio, bajo el cual, con escaso capital se acometen las más arriesgadas empresas, sin cuidarse de los daños que al prójimo puede ocasionar tan inconcebible osadía. Este crédito no conoce el derecho, ni distingue de personas; á todas partes lleva su influencia, importándole poco que el objeto de sus negociaciones sea lícito ó ilícito. El éxito es el dios y el código de ese crédito. Si obtiene buen resultado, elévase el calculista á la cumbre de la riqueza y gloria mercantil; si experimenta un fracaso, por honradas y honestas que fueran sus negociaciones y fundados sus cálculos, se malquista con la sociedad, y se la trata como indigno de ser contado en el número de los comerciantes.

Como veis, Señores, esta teoría pervierte y hace odioso el uso del crédito, que aplicado con prudencia y mesura, es fuente inagotable de riqueza. El legítimo crédito debe apoyarse en la inteligencia, honradez y criterio mercantil de las personas; y en esta forma se ennoblece notabilísimamente; porque si mucho vale el dinero, vale más la inteligencia y la honradez, que con la ayuda del trabajo, subyuga la materia y hace productivos los mas estériles campos. Este crédito, Señores, es aceptado por el Cristianismo, así como también acepta la libertad del comercio y de la industria, con tal que se conserven intactos los derechos de la patria y de la familia, y no se falte á las leyes de la moral y de la religión. Él igualmente condena las

exageraciones de los economistas, y pronuncia anatema contra las teorías saint-simonianas, que negando todo derecho de propiedad, asientan, que la sociedad actual arrastra los vicios de una organization evidentemente perniciosa, basada principalmente en el predominio de los ricos sobre los pobres. Y en verdad, que los economistas han dado motivo á estas disolventes doctrinas, al deprimir la clase agricultora, elevando desmedidamente las industrias fabriles, y declarando, que la propiedad colectiva, cuando no es explotada por el comercio, es contraria á los fines de la sociedad. Si una docena de hombres, á quienes han reunido las mismas ideas, la misma religion ó las afecciones particulares no tienen derecho, á que la sociedad sancione sus propiedades; ¿con qué razon se abroga este derecho un individuo, asi sea el más rico fabricante de Manchester o el más opulento banquero de Francfort? Por eso no hay medio, Señores; ó abrazar las doctrinas opresoras de la clase obrera y promovederas de la disolucion y del lujo del economista de Kirkaldi, ó arrojar en brazos del feroz socialismo, ó enarbolar la santa bandera del derecho y de la caridad cristiana, como única defensa contra tan temibles adversarios de la prosperidad y órden públicos.

Veamos ahora, qué nos dice la economía moderna sobre el gravísimo problema de la poblacion. Cuestion es ésta, que se presenta como un fantasma aterrador, á los ojos de los economistas. Ven por una parte con orgullo la aglomeracion de la riqueza, que ellos han predicado, contemplan por otra las estrecheces y miserias de la clase proletaria; y observan sin embargo, que la poblacion crece de dia en dia, los artículos de primera necesidad encarecen, y consiguientemente escasean los medios de subsistencia para la generalidad de los ciudadanos; y no sabiendo como contrarrestar ese cúmulo de circunstancias, que ponen de manifiesto lo erróneo de sus doctrinas, despues de haber desprestigiado el celibato del clero, no encontraron otra solucion, sino acudir á medios reprobados, para contener el crecimiento de la poblacion indigente. Empezó Malthus aconsejando á los gobiernos, fuesen prudentes en permitir los matrimonios de los pobres; sus discípulos dijeron, que debian prohibírseles terminantemente. Sismundi se atrevió á afirmar, que no hallaría repugnancia en disponer que ningun obrero, que no tuviese diez fanegas de tierra en propiedad ó veinte en arrendamiento, contrajese matrimonio; y como consecuencia se declararon lícitos el aborto y el infanticidio y hasta se pensó en los medios nefandos de hacer estériles á las mujeres⁽¹⁾. ¡A tal extremo de perversion moral conduce el ciego empeño de sostener una teoría!

Un individuo más en la sociedad, es un nuevo elemento de vida que se agrega á la instruccion, al arte, al comercio, á la industria; es un nuevo sér que llevará en sus entrañas impreso el amor á la patria que le vió nacer, y acaso la ilustrará con sus brillantes acciones. Aun dado el caso que suponen los economistas de que se viese privado de los medios de

⁽¹⁾ «En el día vemos ya nuestro pais plagado de pobres, y entregado al fanatismo, y á toda clase de crímenes: Se considera como una calamidad *el aumento de poblacion*, y se habla de diversos proyectos para contenerle, llegando la perversidad hasta el punto de recorrer el pais ciertos filósofos escoceses instruyendo á los operarios de las fábricas y á los artesanos en los medios segun ellos dicen, de hacer estériles á sus mujeres». — *Historia de la Reforma Protestante en Inglaterra é Irlanda* por WILLIAM COBBET, Cart. 3.^a n.º 143.

subsistencia, todavía sería un bien para un criterio cristiano, porque podría ser, mediante la gracia de lo alto, un miembro de la sociedad mística de Jesucristo, que es la más noble de las sociedades.

El matrimonio es de derecho natural. El Estado abusaría de su poder, si impidiese los enlaces legítimos entre los pobres, porque no puede poner trabas al ejercicio de los derechos que Dios y la naturaleza han concedido á todo hombre. Santo Tomás ya en el siglo XIII proclamó el gran principio de la libertad cristiana en esta materia. «En aquellas cosas que pertenecen á la naturaleza del cuerpo, un hombre no está obligado á obedecer á otro hombre, sino solamente á Dios; porque todos los hombres son iguales por naturaleza en lo que atañe á la conservacion de la vida y á la propagacion de la especie»⁽¹⁾. El Estado debe proteger ese gran principio de libertad, fomentando los matrimonios legítimos, y reprimiendo con mano fuerte el libertinaje y demás desórdenes que aumentando la poblacion, aumentan tambien el número de los individuos viciosos y corrompidos. En esto es donde pueden ejercer su autoridad los gobernantes con gran ventaja de la sociedad. La profesion de continencia santificada por la Iglesia, y prescrita á sus ministros, es una defensa poderosa contra el aumento desproporcionado de la poblacion. A medios honestos é indirectos debe apelar el Estado para contener su excesivo desarrollo; pero nunca á los medios nefandos propuestos por algunos economistas⁽²⁾ que le convertirian en tirano, y protector y aconsejador de las más bajas liviandades. Pero los medios de contener la excesiva poblacion, creo deben dejarse en gran parte á la iniciativa particular de los individuos, interesados más que el Estado en procurarse los medios de subsistir. Cuando una ciudad alberga excesivo número de habitantes, por ley de propia conservacion el excedente de los mismos abandonará sus hogares y restablecerá el equilibrio entre las subsistencias y los individuos. El Estado en este caso sólo debe proteger y dirigir esa emigracion, encaminándola primero á lugares de la propia nacion menos cultivados, favoreciendo en este caso á los colonos con leyes al efecto; y cuando este medio no le sea asequible, dejar en plena libertad de abandonar ó nó el territorio patrio, pues ante la necesidad de las subsistencias no hay poder humano que pueda oponerse, y el Estado seria un tirano si intentase violentamente contener dentro de su seno á unos individuos que perecen de hambre, y buscan en extraño albergue la satisfaccion de sus necesidades.

⁽¹⁾ 2.a 2. æ q. 104. art. 5.

⁽²⁾ Los economistas del pasado siglo guiados por la idea de que el aumento de brazos estaba en proporcion con el aumento de la riqueza, dijeron que la poblacion deberla ser promovida indefinidamente, y declararon atentatorio al derecho natural y al Estado, el celibato del Clero católico. Despues convencidos por la experiencia de que los progresos de la industria traían consigo la miseria de la clase obrera, que multiplicándose cada dia, como se multiplican las demas clases sociales, se vería en la precision de dividir entre mayor número de individuos las subsistencias que escasamente bastaban para el padre y la madre, aconsejaron la prohibicion del matrimonio entre los pobres. Otros por el contrario, buscaron en el desenfreno de las costumbres el remedio deseado, escribiendo con Benthán *Œuvres* 1-2.º pag: 217 y sig. «Haced felices y libres á los hombres, dejad á la naturaleza que espontáneamente los mueve á multiplicarse».

Sobre este punto mucho tienen que aprender de la filosofía católica los economistas acerca del modo conveniente de defender los derechos del Estado sin menoscabar los del individuo, y adoptando los medios lícitos de aumentar la población, y hacer emigrar la excedente con leyes que redunden en mayor beneficio de la sociedad. Error fundamental de los economistas es suponer la riqueza pública como el único fin de las sociedades; y por consiguiente que todo individuo que no la produce, es inútil y hasta perjudicial al Estado; y de ahí su teoría anticristiana y disolvente sobre el problema del aumento de la población. En esta cuestión el racionalismo contemporáneo se reconoce prácticamente hermano de la filosofía pagana, que aconsejaba la muerte de los ancianos é impedidos, y arrojaba á los muladares las inocentes víctimas de sus desenfrenadas liviandades y pasiones. Pero ni en Atenas, ni en el Capitolio había brillado la luz del Cristianismo, y hoy en el pleno dominio de sus doctrinas, esos espíritus orgullosos cierran voluntariamente los ojos á sus resplandores y se atreven á propalar en el seno de las sociedades cristianas doctrinas de que se avergonzaría la misma Roma pagana, si hoy resucitase en el mundo.

Si lejos de contrariar se fomentasen las pequeñas industrias que sostienen á una gran parte del pueblo, si se apreciase, como merece, el cultivo de la agricultura, los pueblos disfrutarían siempre el beneficio de una posición relativamente desahogada, que le permitiera satisfacer sus modestas necesidades. La mayor parte de los economistas desprecian la industria agrícola incurriendo en un error fundamental económico, pues la agricultura es la que proporciona las primeras materias á todas las industrias y es la más sólida, la más fecunda y la más universal fuente de riqueza para los pueblos á quienes ennoblece y moraliza.

«De todas las industrias á que puede dedicarse el hombre para asegurar su existencia y felicidad, dice sábiamente el Vizconde Villeneuve-Bargemont, la más sólida, la más propia para una justa distribución de la riqueza, la menos sujeta á funestas vicisitudes en la actividad del trabajo y en la tasa del salario, la que mejor mantiene el equilibrio en la población; en fin, la primera que ofreció la Providencia á los hombres, como prueba y como consuelo juntamente, es sin contradicción la industria rural, es decir, el trabajo que se emplea en el mismo suelo, para que produzca los alimentos ó las primeras materias».

La tierra no ha sido dada al hombre para que la contemplase ocioso. Sin la agricultura no hay industria posible, el comercio desaparece; la agricultura es el primer origen y la base principal de la riqueza; y la vida agrícola un elemento de paz y de prosperidad para los Estados⁽¹⁾. Si sobre la base ancha y salvadora del desarrollo agrícola, sin descuidar, antes protegiendo las demás industrias, se educase á la clase trabajadora en la humildad y resignación evangélica, y los ricos estimasen el tesoro de la limosna; no cabe duda, que la riqueza se distribuiría entre los ciudadanos sin menoscabo de la prosperidad pública; y el aumento de la población en vez de ser causa de temores y sobresaltos, sería un beneficio inestimable, hallándose completa y feliz solución á todas las dificultades, que turban el reposo de los economistas. El

⁽¹⁾ B. COMIN.

Cristianismo que santificó el cultivo de los campos por medio de sus monjes y anacoretas, que desmontó bosques impenetrables con sus ermitaños, estrechó á los pueblos con la apertura de caminos y con los viajes de sus misioneros, y consagró la continencia en sus sacerdotes y cenobitas, dió completa solucion, antes que lo soñaran los economistas, á ese problema pavoroso, y marcó la senda por donde debían marchar las naciones para el logro de sus intereses. Él abrió al comercio horizontes espaciosos predicando la union y concordia de todas las naciones, y haciendo del mundo, una sola familia, bajo el dominio del Padre celestial. Él no conoció nunca los peligros del temeroso pauperismo, que levanta su cabeza amenazadora en las naciones modernas, porque ante sus ojos todo fiel es rico en Jesucristo y acreedor á los bienes de su prójimo. De esta manera sancionó el gran deber, que pesa sobre los Estados, de atender á la subsistencia de todos y cada uno de sus individuos, porque así como estos le ofrecen la sangre y la vida, tienen tambien derecho á exigirle recursos necesarios, cuando les faltan y no pueden adquirirlos por sus propias fuerzas. No se comprende como hablando tanto de filantropia se ha descuidado esta obligacion sagrada que tiene el Estado para con los pobres, como un padre para con sus hijos. Pues aunque á la Iglesia tiene Dios encomendado el alivio de la humanidad desgraciada, en virtud de su ministerio espiritual, en fuerza del cual aprovecha todos los medios para llevar almas al cielo, al Estado le corresponde el mismo deber en virtud de las leyes naturales de toda sociedad. No blasonamos de llegar á ese soñado idealismo de los humanitarios, en que todo ha de ser dicha y bonanza; sabemos que la desgracia y la miseria siguen doquiera al hombre, y que en todos tiempos habrá pobres y desvalidos, en quienes llenar los deberes de la caridad cristiana. Porque segun afirmamos al principio, en la sociedad no puede haber uniformidad completa; unos han de vivir en la opulencia, y otros han de carecer de un pedazo de pan; á unos han de sonreír la fortuna y la prosperidad, y á otros han de afligir la escasez y la pobreza. Sobre estos hechos, fiel reflejo de leyes imperecederas, ha de apoyarse la economía política para producir fecundos frutos en orden al progreso material de los pueblos.

Ahora permitidme resumir en breves palabras cuanto llevo dicho sobre el progreso material de las sociedades. Este consiste principalmente en que todos los ciudadanos dispongan por sí mismos de los medios de subsistir, gozando de una posicion relativamente desahogada, que tenga por base la diversidad de oficios y ocupaciones. Que el estado á fin de obtener más facilmente este resultado, proteja con sabias leyes todos los ramos del trabajo, favoreciendo de una manera especial la agricultura, la industria propiamente dicha, y el comercio, como fuentes de la riqueza pública; y que en consecuencia adopte los medios más conducentes para hacer fecundos esos tres grandes principios, cuales son: las vias fáciles de comunicacion, los medios de trasporte, la seguridad de la propiedad, todo regido por una administracion sencilla, fácil y enérgica: y por último que revistiéndose del doble carácter de padre y de juez, disponga de medios para atender decorosamente á los individuos lisiados é impedidos, y descargue el rigor de la justicia sobre los viciosos, vagos y negligentes: resultando de todo esto el esplendor de la nacion, su prestigio ante los países extraños, y la buena policía, orden y conveniente decoro en el interior de las poblaciones.

IV

LA teoría del progreso indefinido, según el criterio racionalista, separando cosas que la naturaleza unió con vínculo indisoluble, supone que las sociedades avanzan siempre hacia el bien, á pesar de los vicios de sus individuos, y que ha de llegar un tiempo, en que el progreso se realice en toda su perfeccion, vencido el principio del mal por el principio del bien, y dominando en todos los pueblos la felicidad mas completa. Entonces será el reinado de las artes y de las ciencias, de la paz y prosperidad de las naciones; y entonces habrá desaparecido esa temerosa desigualdad, tan aborrecida por los socialistas, que origina al presente tantos males⁽¹⁾. ¡Dorado ensueño y candorosa ilusion,

⁽¹⁾ Los límites de este trabajo no nos permiten entrar en el exámen detenido de las diferentes teorías del progreso indefinido. Hay una escuela que aceptando en parte los principios de Herder en su libro *Ideas sobre la filosofía de la Historia*, admite que la humanidad avanza siempre hacia su perfeccion, sin que esta perfeccion sea incompatible con los dogmas del Cristianismo sobre la defectibilidad humana en esta vida, y sus destinos despues de la muerte. Esta teoría, que podria considerarse como meramente histórica, no puede calificarse de contraria á las enseñanzas católicas.

La teoría á que principalmente nos referimos en el texto, es la de Krause y Hegel y modernos panteístas. Supone el primero que ha de llegar un período llamado *armónico*, en que desaparecerán todas las causas que hacen miserable é imperfecta á la *humanidad*, deificada por los panteístas, y en que todas sus facultades se desenvuelvan en admirable concierto, formando el reinado de la felicidad y de la dicha. Véase lo que escribe en su *Ideal de la humanidad*. «Nuestra humanidad no está pues reunida en un todo *armónico* en sí y en sus sociedades interiores; todavía no vive en la historia como una familia de hijos de Dios, como una patria terrena; pero está llamada á ello y lo alcanzará algun dia. Dios, la razon, la naturaleza y la voz interior de cada hombre nos mueven á esta plenitud última. La deliciosa morada de la tierra, rica de vida, proporcionada en grandes y pequeñas divisiones territoriales, espera de los esfuerzos comunes y de la paz entre los hombres la época de reunir en su suelo un solo pueblo y una sola familia... Ciencia, arte, estado, religion, todas estas instituciones fundamentales miran finalmente á la *realizacion* de toda la humanidad en la tierra, como un hombre interiormente culto, y al *complemento igual de este hombre en todas sus partes, órganos y fuerzas*... El norte de nuestras obras y conatos debe ser despertar en todos los hombres la idea de la humanidad, como un todo de vida orgánica sobre la tierra».

Hablando de esta época grandiosa y felicísima, dice su discípulo Sanz del Rio: «Y estando la humanidad al mismo tiempo organizada *subjetivamente* en sus familias y pueblos, y *objetivamente* en ciencia, arte, forma de estado, moral, religion y libre comercio social, y entendiendo bien su historia pasada, curará ella misma por la fuerza de su salud *todos los males*, que hoy todavía tuercen y cortan el camino de la vida, la guerra y el despotismo, la injusticia y el egoismo, la indiferencia y el escepticismo. Nada hará perder á la humanidad el nuevo puerto ganado».

Para Hegel el progreso consiste en que la *Idea* se personifique, y condense en la Idea-Estado todos los bienes del individuo, de la familia y de las sociedades, necesitando para llegar á este punto una série indefinida, por no decir infinita, que sería la expresion más propia, de evoluciones y posiciones de la *Idea*, en que se realice la *síntesis* completa en la humanidad de todas las fuerzas, que encierra y supone la Idea.

«El *Estado* es la institucion encargada de realizar el derecho en todas sus esferas, en toda su universalidad y perfeccion. Así es que el Estado debe considerarse como el representante genuino de la libertad absoluta y del derecho absoluto: como la razon y la voluntad general, ante la cual deben ceder la libertad, el derecho, la voluntad, la razon y los intereses todos del individuo ».^(*)

Todos estos sistemas panteístas á fuerza de admitir una infinidad de evoluciones en la humanidad, vienen en último término á negar que el progreso sea asequible á las sociedades.

La escuela socialista declarando al hombre puro y esencialmente bueno, y á la sociedad actual

sino hubiera nacido en brazos del racionalismo, y se apoyara en el fundamento incommovible de la verdad! Es cierto que la sociedad no es el individuo; pero si el individuo es defectuoso; ¿cómo no lo será la sociedad? ¿Qué son los gobernantes y públicos funcionarios, sino otros tantos individuos sujetos al error y al pecado, como la humanidad entera? y si las sociedades caminan siempre en direccion al bien; ¿cómo se explican esas grandes convulsiones sociales, que guarda llorosa la historia, en que salen á plaza todas las pasiones, se agitan todas las concupiscencias, y la ignorancia y el error enarbolan su torpe estandarte en el mundo? La Providencia todo lo ordena á la realizacion de sus fines benéficos sobre el hombre; pero esto no quita, que el hombre sea víctima muchas veces de grandes retrocesos; porque Dios saca el bien del mismo mal, aún contra todos los cálculos humanos, y dispone las grandes caidas para que, avergonzado de su orgullosa debilidad, humille su frente ánte el poder inmenso que le castiga, y se levante de su postracion con mayor brio y pujanza para seguir por los caminos que le tiene prefijados.

El progreso católico huyendo de ese optimismo utópico, que convierte este valle de lágrimas en un paraíso de delicias, y del otro sistema no ménos arbitrario que condena al hombre á vivir como encerrado en una cárcel labrada por sus propios extravíos, establece para las sociedades una perfeccion relativa, que no excluyendo la lucha, ántes bien exhortando á la pelea, es imágen fiel de la perfeccion que adquirirá el hombre en las alturas eternas. Á la sociedad fija su fin temporal, y al individuo un fin que trasciende los límites del tiempo. El fin de la primera está subordinado al del individuo, como está subordinada la materia al espíritu, y lo temporal á lo eterno, y ambos fines marchan paralelos, mutuamente enlazados en la mas estrecha concordia, hácia Dios, autor y objetivo supremo de la sociedad y del individuo. Cuando afirmarnos que la sociedad tiene su fin en el tiempo, solo pretendemos decir que su existencia no supera sus límites; porque más allá del tiempo, todas las sociedades serán absorbidas por aquella sociedad perfectísima, de que son ciudadanos los ángeles y los santos. Pero dentro de esos límites del tiempo y del espacio la sociedad tiene que llenar, cada dia más cumplidamente, los tres órdenes de bien que constituyen su perfeccionamiento en esta vida; pues si confiáramos á la sociedad el cuidado exclusivo de los bienes materiales, que son los únicos que viven en el tiempo, quedaría reducida á una agrupacion de hombres sin alma, semejante á las agrupaciones que forman las laboriosas abejas, ú otras familias del reino animal.

Precisamente la esfera en que deben moverse las sociedades para conseguir su perfeccion, es de un radio tan extenso, que no podrán nunca darse por satisfechas de haberla conseguido plenamente. Dios dotó al hombre de una naturaleza esencialmente perfectible y progresiva, y miéntras viva en la tierra, jamás verá satisfechas sus inmensas aspiraciones. Por esa razon las sociedades no deben detenerse un solo momento en su marcha hacia el progreso; el objeto de sus deseos, cuanto parece que está mas cerca, tanto más se ensancha y engrandece, y más excita el ansia de conseguirlo. Nadie puele fijar los límites á la ciencia y á la

eminentemente viciosa, por rumbo contrario al de los panteistas, constituyendo todo el ideal del progreso en los intereses económicos, viene á establecer un progreso completamente utópico irreconciliable con las leyes más sencillas de la sociedad humana.

(¹) P. ZEFERINO GONZALEZ, *Historia de la Filosofía* tom. 3.º

virtud en esta vida. Cada dia aparecen nuevos horizontes á la verdad, sin destruir su unidad inquebrantable; y cada dia tambien, donde ménos se pensaba, se levanta un varon virtuoso ó un gran estadista, que nos sorprende con sus grandiosas concepciones.

Y aún en el órden puramente material no es fácil en la practica, decir á una sociedad: *«hasta aquí llegarás; y de aquí no darás un paso»*; porque si bien el órden moral debe regular el desarrollo de los intereses materiales; ¡qué incremento no puede recibir sin apartarse de esa norma! El progreso católico puede en consecuencia llamarse indefinido, porque no es dable fijar precisamente los límites en que sea lícito á las sociedades descansar de su laboriosa tarea.

Primero la virtud, despues la instruccion, luego los intereses materiales, de tal manera combinados estos tres elementos del progreso, que reine en la sociedad una conciencia pública incorruptible, que galardone al bueno, y vibre la vara inflexible de la justicia sobre el culpado; que se conceda un lugar de preferencia á los hombres de preclaro talento y de intachable conducta; que se fomenten los centros de toda clase de ilustracion literaria y artística, que se abran á la clase pobre fuentes de trabajo honrado y productivo; que encuentren los individuos de la sociedad lisiados é impedidos donde aliviar sus padecimientos ó pobreza; y que por último, colocada la Iglesia en el lugar que Dios le tiene señalado, se proteja su ámplia libertad de accion para llevar su luz a las inteligencias y su santidad á todos los corazones. Ó en otros términos: que los tres órdenes de bien, que constituyen el progreso, y las dos autoridades, divina y humana, que deben regirle, de tal manera se armonicen, que el uno no sufra menoscabo del aumento del otro, ni una autoridad encuentre obstáculos en su accion por parte de la otra.

Bálmes ha sintetizado este mismo pensamiento en las siguientes lacónicas, pero muy significativas palabras: *«El ideal del progreso consiste en la mayor ilustracion posible para el mayor número posible de ciudadanos, la mayor moralidad posible para el mayor número de los mismos; y el mayor bienestar posible para el mayor número tambien posible»*. en cuyas concisas frases, asentando el verdadero concepto del progreso, se hace eco del Cristianismo, que rechaza la perfeccion completa en esta vida, y sin embargo aspira incesantemente á conseguirla.

Pero como en la realizacion de este triple progreso, muchas veces ocurren graves dificultades, que impiden reducirla á la práctica en todas sus fases, deber es de los gobernantes luchar contra esos obstáculos, dando siempre la preferencia al bien, que Dios y la naturaleza colocaron en un lugar inaccesible á todas las fuerzas humanas. En medio de las vicisitudes de la vida, dominando todas las miserias y pequeñeces, santificando las mas ínfimas necesidades, dando un valor casi infinito hasta á las más insignificantes acciones, se levanta la hermosa figura de la virtud cortejada de la verdad y del amor, y cobijando bajo sus alas el cielo y la tierra. La verdadera grandeza consiste en el cumplimiento del deber, que no atiende á la excelencia del objeto á que se refiere, y lo mismo consagra las especulaciones del sabio, y las hazañas del guerrero, que el humilde trabajo del artesano.

En el orden moral encuentran los Estados la gran panacea para todos los males de la sociedad; porque cuando les llame imperiosamente la necesidad de instruir á los ciudadanos, movidos por la virtud acudirán presurosos á remediarles; y cuando por el contrario, el azote devastador del hambre devore á los pueblos, abrirán las cajas del tesoro público, y se tendrán por dichosos en dar alimento al indigente. Cuando á consecuencia de una invasion extranjera ó de un imperdonable desafuero la guerra mueva sus ejércitos al combate, llamarán á todos sus hijos, que acudirán como un solo hombre para ofrecer su vida en aras de la patria; y cuando espíritus rebeldes intenten perturbar la felicidad de las familias, levantándose en son de blasfemia contra la religion de sus padres, ó atentando á los sagrados derechos de la justicia, entonces el Estado castigará con mano firme su insolencia afianzando el orden civil y religioso de la sociedad. De manera, Señores, que en la variedad, contingencia y multiplicidad de las circunstancias de la vida, ora serán preferibles para el Estado los intereses del culto, ó los intereses de la ciencia, ó los intereses materiales, con tal que esa preferencia responda al cumplimiento del deber. Porque, aún cuando las atenciones del culto y de la instruccion sean por su naturaleza preferibles á las del bienestar físico, como el Estado tiene obligacion de atender á todos ellos, cuando uno pelagra especialmente, debe acudir en su auxilio tambien con preferencia, salvos los derechos que corresponden á todos y á cada uno de ellos. Por eso nos enseña la historia, que en los grandes peligros de las sociedades el Estado cumpliendo un deber, cierra los establecimientos de enseñanza, y permite que algunos de sus individuos perezcan con tal que la patria se salve; y la Iglesia vende los tesoros de sus templos, y hasta suspende el culto, para contribuir á la salvacion comun. El deber no está circunscrito á ningun orden determinado, todo lo invade y á todo trasciende, porque en todo encuentra la ley de la razon eterna, de la cual no es mas que un simple reflejo.

Aquí teneis, Señores, como el supremo deber del Estado, sea cual fuere la forma de su gobierno, es cumplir en todo lugar y tiempo las prescripciones del orden moral. Bajo este deber se comprenden todos los demas deberes de que vengo hablando en este discurso. De él dimana la obligacion de hacer buenos, instruidos y útiles ciudadanos, y de colocar al frente de los cargos públicos funcionarios que sean modelo de probidad, que ejecuten con celo y exactitud las órdenes de los supremos gobernantes. Una administracion sencilla, vigorosa por su unidad, y fuerte por su organizacion, adaptada á las exigencias de los pueblos, será el sosten más poderoso de la autoridad pública y el promovedor más eficaz del progreso. Inspírese la sociedad para la eleccion de sus funcionarios en los sentimientos de la moral cristiana, y tendrá en ella la más firme defensa de sus intereses, que ninguna otra cosa puede conservarlos con tanta energía y con tan prósperos resultados. Si elige hombres empapados en las máximas del indiferentismo, que se desdeñan de hablar de Dios y de su Iglesia, no espere conseguir una administracion sólida y provechosa. Para el hombre que no tiene conciencia, la ley es una letra muerta; la autoridad sólo respetable por el provecho que puede traer, ó por la fuerza, que la hace temible; el desempeño de los cargos públicos, un oficio puramente lucrativo; el trabajo, ó una distraccion, ó una carga que se pretende aligerar con menoscabo del erario; y así privado de todo amor al empleo que ocupa, mira

con indiferencia su buen ó mal desempeño, ni le importa que con su desidia é indolencia perjudique á los ciudadanos que á él acuden para la gestion de sus negocios, contento sólo con el crecido sueldo que disfruta, y con la brillante posicion social que posee bajo el amparo de la ley. Mas el funcionario sinceramente católico, sobre todas las leyes, sobro toda fuerza, sobre todo respeto personal tiene grabada en su alma la ley incorruptible del Evangelio que le obliga á desempeñar fielmente su cometido, gozoso de servir á la patria, en quien reconoce los derechos de Dios, y por la cual está dispuesto á sacrificarse, si lo exigiese el bien de sus hermanos.

No nos dejemos alucinar, Señores, por las deslumbradoras descripciones de ciertos espíritus malévolos, que pintan con vivos colores las sutiles invenciones de la hipocresía, que creen descubrir en toda persona afecta á las prácticas de la religion, y amante del exacto cumplimiento de sus deberes. No ignoramos que la hipocresía es el más abominable de todos los vicios, que ocultándose falaz bajo la mascara de la virtud, pretende engañar a los incautos; pero tambien sabemos que es antiguo refugio de la iniquidad, achacar á fines perversos las acciones más santas, manchando con la inmunda baba de la calumnia las reputaciones mejor afianzadas. El Catolicismo, Señores, no es una bella sombra, una brillante teoría que se alimenta en las regiones del idealismo. ¡Pobre humanidad y pobres naciones, si tal suposicion fuese verdadera! Él lleva su fecundadora influencia hasta los más ínfimos detalles, hasta las más pequeñas circunstancias; por eso engendra hombres modelos de virtud, que sino viviesen en la tierra, diríase que habian descendido del cielo.

Por eso, con intuicion clara de la verdad, y profundo sentimiento de la eficacia de la virtud, se atrevió á decir et insigne Donoso: «Si el género humano no estuviera condenado irremisiblemente á ver las cosas del revés, escogeria por consejeros entre la generalidad de los hombres á los teólogos, entre los teólogos, á los místicos, y entre los místicos, á los que han vivido una vida más apartada de los negocios y del mundo⁽¹⁾. La vida pasada en el recogimiento comunica tal luz á la inteligencia, y tal fuerza y rectitud de consejo en el obrar, que encuentra fáciles y llanas las más complicadas cuestiones de la humana política. En la soledad del corazon habla Dios íntimamente al alma, y le revela, sin necesidad de prodigios, secretos que no pueden comprender los grandes políticos enredados en el laberinto de las pasiones, y cegados no pocas veces por el egoismo⁽²⁾.

⁽¹⁾ Ensayo sobre el catolicismo.

⁽²⁾ Felipe II, el gran rey de España en el siglo XVI, siguiendo los ejemplos de los más gloriosos principes de la cristiandad, y en especial de sus predecesores S. *Fernando* é Isabel la Católica, se gloriaba de tener por consejeros á los varones más virtuosos y místicos de su reino. Entre estos merece citarse el Beato Alonso de Orozco, quien deseando abandonar el regio alcázar, para volver al retiro del claustro, escuchó de los labios del monarca cristiano estas palabras: *No quiero echar los santos de mi corte*. Léase lo que á este propósito dice el historiador de la vida del Bienaventurado Orozco: «No desistió el Beato de su empeño; y pasado algun tiempo, hizo la misma peticion. Negándosele de nuevo el monarca, púsose el Venerable de rodillas, y las manos juntas en forma de humilde súplica instó con nuevas razones, volvió á instar, cansó y disgustó á su Soberano; el cual firme en la negativa é incomodado de tan impertinente y tenaz instancia repetía para si que *no quería echar los santos de su corte*». *Vida del Sto. Alonso de Orozco*, por el P. TOMÁS CÁMARA. cap. 16 lib. 2.º

V

VOY á concluir, Señores; pero ántes quisiera presentaros un cuadro exacto y completo, en lo que es posible á mis alcances de la tan debatida y compleja cuestion del progreso. Estudiándola detenidamente se nos presenta bajo dos aspectos: como el puerto, á donde se dirige la frágil nave de las sociedades humanas, y como el derrotero seguro que deben seguir en medio de las vicisitudes de la vida para terminar felizmente su azarosa navegacion. Bajo el primer concepto, el progreso se ostenta en todo su esplendor, con toda la riqueza de sus tesoros, con todo el atractivo de sus bellezas, constituyendo el perfecto ideal de la sociedad. Bajo el segundo, el progreso es la imagen más propia del hombre, que aspirando á ser feliz, nos ofrece un conjunto misterioso de grandeza y de pequeñez, y que en medio de los más generosos esfuerzos y acciones más heróicas, deja ver palpablemente la huella indeleble de la imperfeccion, amargo fruto de la degeneracion primitiva del género humano. En el primer sentido, puede compararse el progreso, empleando un lenguaje místico, al estado feliz de los bienaventurados, que gozan dichosos las delicias de la celestial patria; y ea el segundo á la suerte de los tristes *viadores* que peregrinos en este valle de lágrimas, tienen siempre la vista fija en el cielo, del cual se consideran desterrados y por cuyo regreso incesantemente suspiran. En el primer caso, si bien el progreso constituye el objetivo, á que deben tender *indefinidamente*, segun hemos dicho, las sociedades, es irrealizable en esta vida; pues aunque el fin de la sociedad es temporal, el logro de ese fin no puede obtenerse cumplidamente miéntras existan los gérmenes de pequeñez y miseria, inseparables de la condicion humana. En el otro caso, el progreso, ordenándose á la consecucion del ideal, es el único que es asequible á toda sociedad en todo tiempo, y cualquiera que sea el grado de su civilizacion. El primero exigiria que todos los ciudadanos, sin destruir las diferencias que engendran la armonía social, fuesen tan virtuosos, tan instruidos, tan felices y de tan holgada posicion relativa, que á mayor perfeccion no pudieran aspirar. Pero el segundo, como busca siempre el bien compatible con las circunstancias que atraviesan los pueblos, nunca puede encontrar obstáculos invencibles á su desarrollo, y siempre pueden alcanzarlo las sociedades. Porque este progreso dimana del orden social, que no es otra cosa que los individuos ordenados, la familia ordenada, y la autoridad regida é inspirada por el orden. El orden no supone una perfeccion ilimitada, solamente expresa el concierto de las diferentes partes de la sociedad, adunadas en el amor á la virtud. Este admirable concierto se apoya en dos fundamentos incommovibles: la unidad ó la union en todo y para todo, y la constante aspiracion á mejorar la situacion de la cosa pública. La unidad debe reinar sobre todo en los príncipes ó gobernantes, que por su posicion son los promovedores natos y obligados de la felicidad pública. La unidad debe robustecer á los individuos por la conformidad de ideas, sentimiento y esfuerzos en pro del bien general. La unidad debe encontrar su asiento fijo en el hogar doméstico, y de éste refluir á los poderes públicos, para que ningun obstáculo se oponga á la ejecucion de las disposiciones soberanas; y la unidad por último haciendo imposibles todas las revoluciones debe convertir á la sociedad, no en estacionaria y retrógrada, sino en prudente iniciadora de las reformas que exijan las circunstancias en pro del mejoramiento social.

La unidad del progreso, que proclamamos, es la unidad de la creacion, la unidad que nos revela el espíritu humano, la unidad de la Iglesia y de todas las grandes instituciones; no la unidad absurda de la Mongolia y de la China, basada en la ignorancia y en la barbarie. La verdadera unidad es germen de actividad y movimiento; estimula, no retrae; es eminentemente fecunda, no esteriliza; porque es la unidad que dimana de la verdad y de la bondad, que reclaman por su naturaleza el dominio exclusivo de las naciones. ¡Ah! si las sociedades estuviesen verdaderamente unidas, qué fácil les sería adquirir el progreso! Primero la union de las inteligencias por el conocimiento de las grandes verdades sociales, políticas y religiosas; luego la concordia de los corazones por la profesion del verdadero culto y de las mismas puras costumbres; y despues la unidad de esfuerzos bajo la prudente direccion de los gobernantes, sin destruir, dotes fomentando la libre accion de los individuos: esa es la primera y fundamental condicion del progreso.

Miéntras la autoridad pública tenga que temer por su seguridad; miéntras contrarias doctrinas y diversas religiones encuentren asilo en los pueblos; miéntras los vínculos de la familia no se hallen sólidamente establecidos; miéntras el bienestar general no sea el único fin de las autoridades, y el supremo de los individuos como miembros de la sociedad, no puede esperarse un sólido y seguro progreso. Y por el contrario, cuando la unidad de ideas, sentimientos y esfuerzos reine en la sociedad, aunque por circunstancias superiores á sus fuerzas las ciencias y las artes no se hallen en estado floreciente, ni tenga gran desarrollo la riqueza pública, esta sociedad progresa y puede llamarse verdaderamente feliz: porque si acaso no ha logrado una cultura intelectual perfecta, aspira á ella tenazmente; sino se ha conquistado una posicion desahogada y ventajosa en su territorio y ante los pueblos extranjeros; al ménos ha inspirado en sus individuos el amor al trabajo y un deseo eficaz de mejorar de dia en dia.

Este debe ser el *desideratum* de todas las sociedades, el objetivo á que deben tender incesantemente. No les es permitido detenerse un solo momento en este glorioso camino: es preciso caminar, y caminar con brio por la senda comenzada; por que en el momento que se detengan, en vez de progresar, retrocederán ignominiosamente en el camino de su grandeza.

De ahí, Señores; el gravísimo mal que causan á los pueblos los espíritus revolucionarios, que removiendo el orden establecido, arrastrados por sus delirantes ensueños, se imaginan elevar las naciones á un estado de *utópicas civilizaciones*, y dando rienda suelta á su orgullo desmedido y ambicion desmesurada se entretienen en levantar y destruir el edificio social, á ejemplo de aquella matrona de la fábula, que consumia su vida en la fútil tarea de deshacer en un momento todo cuanto trabajara en lo restante del dia. La virtud iluminada y dirigida por la ciencia es la única que debe aconsejar las reformas sociales, y la única que debe llevarlas á feliz término. No perjudica tanto á los públicos intereses el prudente que teme dar un paso, receloso de caer en un precipicio, como el atrevido y temerario, que confiando en sí mismo se abalanza al peligro y arrastra en pos de sí pléyade numerosa de víctimas.

El progreso debe ser constante, pero no precipitado; no destructor, sino reformador; no amigo de las malas pasiones y patrocinador de todos los instintos, sino fortísima valla los

espíritus inquietos y aliento poderoso de los pusilánimes. ¡Adelante! y siempre ¡adelante! bajo el amparo del orden moral, debe ser el lema del progreso. ¡Adelante en instruction! ¡adelante en moralidad! adelante en poderío! y ¡adelante en todas las esferas de la actividad humana!! Jesus al espirar en el Calvario dió á la humanidad esa generosa enseña; y desde entónces el hombre rescatado, libre de la postracion que le merecieran sus extravíos, regenerado por la sangre de un Dios, en todo anhela progresar, leyendo hasta en los últimos pliegues de su corazon la voz sublime y nobilísima «sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto». Jesucristo, Señores, fue el fundador de la sociedad perfecta, y el gran promovedor del progreso. Jesucristo!., que predicó la caridad para con todos, proclamó la verdadera fraternidad cosmopolita, consagró todas las sociedades legítimas, y en todos los individuos grabó el sello de su divinidad, llamándolos á todos hermanos suyos é hijos de su Padre omnipotente.

¡Ah! Señores; al echar una mirada por estas islas, al contemplar la sencillez y la religiosidad de sus habitantes, y las ventajosas disposiciones que manifiestan para adquirir el verdadero progreso, el espíritu se alborozaba, viendo un pueblo de fervientes cristianos; pero al mismo tiempo se agolpan al corazon grandes temores de que esas disposiciones excelentes se perviertan, convirtiéndose en dócil instrumento de la irreligion, de la falsa ciencia y de un mal entendido patriotismo. Filipinas puede progresar mucho: Filipinas está llamada á ser grande en lo porvenir, pero nunca lo será, sino escucha humilde las enseñanzas de la filosofía católica, y no obedece la voz de los apóstoles del Cristianismo, sus constantes é inseparables amigos, é imparciales consejeros en todo tiempo.

Y ya que hablo desde este lugar consagrado á la ciencia; ya que pertenezco á este centro literario, único de su clase en el extremo oriente, cuya voz, aunque indigno, llevo en estos momentos, permitidme Excmo. Sr., permitidme ilustrados y celosos comprofesores, llame vuestra atencion en nombre de la ciencia que representamos, sobre la necesidad cada vez más imperiosa en estas Islas de asentar y consolidar et progreso científico, el progreso en todas sus formas, sobre la grande y anchurosa base del amor á la Religion verdadera. La religion es un principio de fuerza tan trascendental, que sin él ni la ciencia puede adquirir su perfeccion, ni la virtud fortalecerse, ni los valores materiales ser elementos de cultura en las sociedades.

No hay, Señores, fuerza igual á esa fuerza, que es á la vez el manantial más fecundo de civilizacion, y el más poderoso baluarte contra los enemigos de la humanidad. El filósofo que no conoce la religion, cae en los mayores absurdos; el moralista que quiere mantener las costumbres fuera de la religion, busca refugio á lo eterno é inmutable en lo caduco y perecedero. La religion es como un mar que todo lo inunda con los raudales purísimos de la divinidad; y el que no bebiere de estas aguas, vivirá la vida del musgo y del heno, no la vida del gigantesco cedro, que levanta su frondosa copa hasta las nubes. Ved sino hombres de clarísimo talento, de corazon generoso, de fantasía creadora, y leed sus discursos, examinad sus libros; y observareis con estupor los mayores errores, las más ridículas preocupaciones,

los principios más perniciosos. ¿Por qué? porque han abandonado la ciencia de la religion; porque no han aprendido humillar primero su razon á la fe divina, para despues saber más, y ahondar más profundamente en los abismos de la verdad.

En este momento no puedo ménos de recordar las palabras del sabio Pontífice que gobierna la Iglesia. «Si alguno fija la consideracion en lo aciago de nuestros tiempos, y pondera la condicion de las cosas que pública y privadamente suceden, descubrirá sin duda que la causa fecunda de los males, tanto de aquellos que hoy nos oprimen, como de los que tememos, consiste en que los perversos principios sobre las cosas divinas y humanas, emanados hace tiempo de las escuelas de los filósofos, se han introducido en todos los órdenes de la sociedad, recibidos por el comun sufragio de muchos. Pues siendo natural al hombre que en el obrar tenga á la razon por guia, si en algo falta la inteligencia, fácilmente cae tambien en lo mismo la voluntad; y así acontece que la perversidad de las opiniones, cuyo asiento está en la inteligencia, influye en las acciones humanas, y las pervierte. Por el contrario, si está sano el entendimiento del hombre y se apoya firmemente en sólidos y verdaderos principios, producirá para el bien público y privado innumerables beneficios»⁽¹⁾.

Y el ánimo advertido por la triste realidad que presencia, al ver el cúmulo de errores, y calamidades que afligen tantos paises, desea que no llegue jamás para Filipinas esa fatal hora, en que despreciados los principios religiosos, los hijos de este Archipiélago busquen base á la instruccion científica en los delirios de la razon libre; sancion á su derecho en las fórmulas del código penal; garantía á su tranquilidad en el número de las bayonetas; y desarrollo á sus intereses materiales en las fuentes corrompidas de la economía materialista.

Nunca olvide este bello pais aquellas sublimes palabras de la sabiduría increada; «la justicia engrandece las naciones, y el pecado las hace desgraciadas». Lleve siempre grabado en su alma que la religion es el manantial más puro y fecundo de felicidad para los pueblos. Inspírese en las sublimes máximas de la fe que ha recibido de sus padres, y bajo el amparo de la inmaculada bandera española labrará á no dudarlo su progreso, y con él su mayor bienestar, y su más completa ventura.

HE DICHO.

⁽¹⁾ Si quis in acerbitem nostrorum temporum animum intendant, earumque rerum rationem, quæ publice et privatim geruntur, cogitatione complectatur, is profecto cornperiet, fecundam malorum causam, cum eorum quæ premunt, tum eorum quæ pertimescimus, in eo consistere, quod prava de divinis humanisque rebus scita, é scholis philosophorum jampridem profecta, in omnes civitatis ordines irrepserint, communi plurimorum suifragio recepta. Cum enim insitum homini natura sit, ut in agendo rationem ducem sequatur, si quid intelligentia peccat, in id et voluntas facile labitur: atque ita contingit, ut pravitas opinionum, quarum est in intelligentia sedes, in humanas actiones influat, easque pervertat. Ex adverso, si sana mens hominum fuerit, et solidis verisque principiis firmiter insistat, tum vero in publicum privatumque commodum plurima beneficia progignet. — ENCICLICA *Æterni Patris*.

